

César Rengifo

Joaquina Sánchez



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte



Alcaldía
de Caracas

CÉSAR RENGIFO

Nació en Caracas el 14 de mayo de 1915. Escritor, artista plástico, periodista. Estudió en la Academia de Bellas Artes de Caracas entre 1930 y 1935. En 1937 vivió en México y tuvo contacto directo con el movimiento muralista mexicano. De regreso a Venezuela en 1938, se involucró en las luchas políticas, afiliado al Partido Comunista. Reportero, redactor y coordinador de páginas culturales, formó parte del equipo fundador del diario *Últimas Noticias* en 1941. En 1953 fue fundador del grupo teatral «Máscaras», dedicándose por entero a la dramaturgia y la puesta en escena. Paralelamente, su actividad pictórica le valió galardones en los salones de arte de la época, y el Premio Nacional de Pintura en 1954. Entre 1954 y 1955 ejecutó su famoso mural dedicado al héroe mítico caribe Amalivaca en el Centro Simón Bolívar. Fue Director de Extensión Cultural de la Universidad de Los Andes de Mérida entre 1958 y 1960. Desde 1959 concurrió con sus obras al Festival de Teatro Venezolano, obteniendo varios premios. En 1980 se le otorgó el Premio Nacional de Teatro, poco antes de fallecer, el 2 de noviembre, en Caracas.



Joaquina Sánchez

El mundo de
Joaquina Sánchez
en el mundo de los siglos



El mundo de los siglos

César Rengifo
Joaquina Sánchez

Drama en cinco actos



Colección Biblioteca César Rengifo

2ª Edición. Fundarte 2015

Colección Biblioteca César Rengifo - N° 11

© Fundación para la Cultura y las Artes. FUNDARTE 2015

Joaquina Sánchez

CÉSAR RENGIFO

Imagen de portada

Título: *La recluta*

Autor: CÉSAR RENGIFO

Técnica: Óleo s/tela

Año: 1948-65

Tomado del libro: *Rengifo*. JORGE NUNES. Ernesto Armitano Editor. 1981

Al cuidado de: HÉCTOR A. GONZALEZ V.

Diseño y concepto gráfico general: DAVID J. ARNEAUD G.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: N° If23420118003857

ISBN: 978-980-253-515-6

FUNDARTE. Av. Lecuna, Edif. Tajamar, PH

Zona Postal 1010, Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Telefax: (58-212) 5778343 - 5710320

Gerencia de Publicaciones y Ediciones



Auto-retrato. El sol rojo, 1979

COLECCIÓN BIBLIOTECA CÉSAR RENGIFO

La permanente obsesión artística de César Rengifo (1915-1980) fue la de captar, representar o expresar lo que él concebía como la esencia de la venezolanidad. Integrante de una generación que cobró conciencia en medio de las luchas contra el gomecismo, Rengifo hizo suya la misión de resaltar o, en su defecto, encarnar, la manifestación de un espíritu nacional.

Esa esencia o espíritu propiamente venezolano aparecía a sus ojos impregnado del sufrimiento humano y de la injusticia social que caracterizaron la Venezuela del siglo XX que le tocó presenciar, y de los cuales quiso asumir una incansable denuncia con los medios expresivos que le parecieron, en su momento y en sus circunstancias, los más genuinos y auténticos.

Fue quizás el primero en plantearse con total firmeza la noción del arte como compromiso social, tal como entró en vigencia en las discusiones de los movimientos revolucionarios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a la vez que se insertaba en la tradición del nacionalismo histórico representado, entre otros, por Mario Briceño Iragorry, a quien Rengifo admiró, ahora replanteado desde el materialismo histórico como postura anticapitalista y antiimperialista.

Creador polifacético, formado durante años en la Academia de Bellas Artes de Venezuela y en contacto con el movimiento muralista mexicano, su legado más prolífico y consistente se halla en su obra teatral, por la que ha sido considerado como el iniciador de la dramaturgia contemporánea venezolana.

El teatro de César Rengifo, que comprende cerca de cincuenta piezas, ha sido clasificado como abarcando cuatro grandes ámbitos: el histórico (con obras como *Lo que dejó la tempestad* y *Oscéneba*); el político (con *¿Por qué canta el pueblo?* o *Muros en la madrugada*); el social (con *La fiesta de los moribundos*, *La esquina del miedo* o *La sonata del alba*) y el psicológico (con *Yuma* o *cuando la tierra esté verde* o *En mayo florecen los apamates*).

Personajes

ISABEL: Posadera

ISIDRA: Liberta

MARGARITA: Esclava

FARFÁN: Conjurado

JOAQUINA SÁNCHEZ: Esposa de José María España

CORREGIDOR: Don Gerónimo de Pimentel

PADRE ECHEVERRÍA: Cura de la catedral de Caracas

MARÍA JOSEFA: Vecina de Joaquina

RAFAEL: Recadero de Joaquina

VÁSQUEZ TÉLLEZ: Comandante de La Guaira

OFICIAL I

OFICIAL II

ESCRIBIENTE

SOLDADOS

BANDO REAL

PUEBLO

Época:

Año 1799

Acción:

En La Guaira y Caracas

ACTO PRIMERO

Habitación en la posada de Isabel Gómez, en La Guaira. La estancia sirve de depósito de mercancías y sitio de guardar objetos y trastos viejos. Hay muchos barriles, sacos, cajas y botijuelas de aceite. Al fondo unos escalones de madera conducen a una puerta que comunica con otras dependencias. Cuando la puerta se abre oye el ruido producido por los parroquianos que beben y comen. En el lateral derecho hay una especie de nicho cavado en la pared que sirve para guardar vinos y jamones. En el centro de la estancia hay una mesa rectangular, un banco rústico, algunas sillas de cuero, sobre una de éstas hállase un pequeño cajón abierto. Es de noche, un candil alumbraba la estancia.

(En escena, Isabel se ocupa de empaquetar algunos papeles, lo que hace con sumo cuidado. En la puerta del fondo suenan tres toques, Isabel va y abre con precaución, entra Isidra, trae un farol encendido)

ISABEL: ¿No llega aún? Me pareció oír que la campana de La Ermita del Carmen daba las siete.

ISIDRA: Así fue, pero nadie ha llegado con las señales convenidas.

ISABEL: ¿Le dijiste a Margarita que vigilara bien?

ISIDRA: Sí, es todo ojos.

ISABEL: Estoy impaciente. En cada oportunidad que debemos despachar o recibir algo me pongo así. Además, desde el vigía hace casi dos horas que anunciaron barco y si allí venía la persona que esperamos, debería haber llegado.

ISIDRA: Y este es buen momento para pasar hasta acá, pues la posada está que no cabe, parece que todos los marineros del puerto han venido esta noche. ¡Y cómo beben y gritan!

ISABEL: (*Disponiendo los papeles en tres paquetes*)
Por mi parte no habrá ningún retardo pues ya concluí esto.

ISIDRA: ¿Dejó lo que debe ir para Caracas y El Tuy?

ISABEL: Claro. Aquí está lo que debemos repartir en La Guaira. Esto es lo que irá para Caracas y El Tuy, y este otro paquete es el que debe llevarse la persona que venga esta noche. Puse en él los folletos de las canciones y los dibujos de la bandera. (*Señala el cajón*)

ISIDRA: ¿Son los mismos que vimos antes?

ISABEL: Sí. Pero estos están coloreados, es una bandera hermosa. Tiene un cielo claro con un sol radiante en el centro, abajo un mar con cuatro estrellas y en la punta franjas de color azul, blanco, rojo y amarillo. En Caracas una de las Olivares debe bordarla, quedará linda. Ya me parece verla flamear contra el cielo cuando llegue el día ansiado.

ISIDRA: Cada hora que pasa pienso que está más cerca. Quisiera figurármelo cómo será pero no puedo...

ISABEL: Será un día sin esclavos, sin cadenas, sin humillaciones. Un día distinto, lleno de músicas y banderas.

ISIDRA: Cómo lo deseo, pero me parece que es sólo un sueño... ¿Podremos alguna vez los negros ser tratados como gente? ¿Será cierto que ese día vendrá la igualdad de que tanto nos habla doña Joaquina?

ISABEL: Con cuánta fe lo espera ella.

ISIDRA: Gozo al sólo pensar que entonces los negros no seremos vendidos, ni tendremos que trabajar para los ricos, ni habrá amos que griten y peguen.

ISABEL: Así será.

ISIDRA: La cara que pondrán los ricos mantuanos dueños de todo.

ISABEL: Ya la pusieron. ¿No has sabido que cuando el movimiento fue descubierto ellos corrieron a poner sus personas y dineros a la orden del Rey para perseguirnos y acabar con el movimiento? Es muy sabroso tener haciendas, casas, esclavos que hasta les laven los pies... (*Va al nicho y trae otro paquete*) ¡Ah! pero aquí hay más canciones, las pondré en el cajón.

ISIDRA: ¿Cuál canción es?

ISABEL: La «Canción Americana».

ISIDRA: Oyéndosela a Margarita la he aprendido. Qué bella es. Tengo el propósito de ir a cantar por las calles cuando llegue el día tan esperado. Imagino que el sol brillará como nunca y que hasta las piedras han de estar alegres. Seguramente que por doquier habrá cohetes y repiques de campanas, en todas las casas flameará nuestra bandera y hasta los muchachos cantarán sin miedo:

(Canta)

Afligida la patria
os llama, americanos,
para que reunidos
destruyáis,
destruyáis al tirano.

Viva tan sólo. Viva tan sólo
el pueblo soberano.

Tiembla tú, Rey infame
tiembla pérfido Carlos
que todos tus delitos
van a ser castigados...

¡Viva tan sólo el pueblo!
¡Viva tan sólo, viva tan sólo
el pueblo soberano...!

ISABEL: De sólo oírte se me eriza la piel de entusiasmo... ¿Sabes la otra?

ISIDRA: ¿«La Carmañola» nuestra? Sí...

(Tocan en la puerta del fondo, Isidra va y abre con cautela, entra Margarita)

MARGARITA: Ha llegado un señor con sombrero carmelita y capa gris, ocupó una mesa sola. Según lo convenido le pregunté si quería un refresco o café americano, rápidamente me respondió que sí, que quería un café pero con igualdad natural.

ISABEL: Es la consigna. Anda, hazlo para pasar con mucho cuidado.

ISIDRA: Llévate este farol.

(Le da el farol, Margarita lo toma y sale. Tras ella Isidra cierra la puerta)

ISABEL: Ojalá que traiga buenas nuevas.

ISIDRA: Debe traerlas.

(Tocan en la puerta, Isabel se apresura y abre. Entra Margarita seguida por un hombre que lleva sombrero de anchas alas y cubre su rostro con una capa gris. Al bajar los escalones se descubre)

ISABEL: *(Con alegría)* Félix Farfán... Lo que menos esperaba.

FARFÁN: Isabel Gómez.

(Se abrazan)

ISABEL: (*Luego de separarse*) Desde aquella terrible noche cuando todo fue descubierto no había sabido nada de usted. Sólo oí que había podido meterse en una goleta y huir.

FARFÁN: (*Saca de los bolsillos interiores de su saco unos sobres lacrados y se los da a Isabel*) Traje unos pliegos para don José María... ¿Lo verá ahora?

ISABEL: No, pues anda por Barcelona. Cuando se supo que un delegado vendría ya había salido. Desde que entró clandestinamente no hace sino trabajar preparándolo todo...

FARFÁN: Es de hierro... Pero, ¿viaja con seguridad?

ISABEL: Se disfraza. Además los sitios a donde llegan son seguros.

FARFÁN: Mucho trabajo le he dado a los del Rey... Y espero darles un poco más.

ISABEL: Con ansiedad aguardamos lo que usted deba traer... (*Farfán mira con recelo a Margarita e Isidra y tose, Isabel comprendiendo*) Son de la conjuración... Esta es Margarita, esclava de los Carreño, quienes me la alquilan para que trabaje en mi posada. Ya ve usted que lo hace bien. Y esa es Isidra, liberta. Precisamente la próxima semana irán a trabajar donde doña Joaquina Sánchez, pues en su casa hacen falta otras personas de confianza.

FARFÁN: (*Saludando con un gesto cordial a las dos mujeres*) Veo que se trabaja, cómo me contenta eso.

ISABEL: Pero usted debe venir cansado, dicen que la mar estuvo muy picada esta tarde. ¿Comerá algo o prefiere una limonada?

FARFÁN: (*Sentándose*) Tomaré sólo una limonada, debo volver a bordo dentro de una hora, pues la goleta aprovechará el viento de madrugada para salir hacia Coro.

ISABEL: (*A Margarita*) Trae una limonada y de paso echas un vistazo.

(*Margarita sale, Isidra cierra la puerta tras ella*)

FARFÁN: Ha habido que comenzar todo de nuevo...

ISABEL: Así ha tenido que ser; sin embargo, cada día se nos une más gente...

FARFÁN: ¿Y la propaganda?

ISABEL: Toda la que llega vuela. Ésta vino ayer de Trinidad, la envió Manzanares. He arreglado la que usted debe llevarse para Coro, Maracaibo y Santa Fe.

FARFÁN: ¿Sólo eso? Tenía entendido que también recibiría un dinero y algunos informes...

ISABEL: Doña Joaquina quedó en enviar una suma, peor aún no ha llegado su recadero, quizás esté aguardando a que sea más de noche.

FARFÁN: (*Sacando un reloj y mirándolo*) No puedo esperar mucho... Y tampoco puedo marcharme sin el dinero y sin esos informes...

ISABEL: Es cierto. *(A Isidra)* Ve a la sala y vigila para que cuando llegue el recadero de doña Joaquina lo pases para acá, eso sí, con mucho disimulo.

(Isidra sale, Isabel cierra la puerta)

FARFÁN: ¿Sigue siendo segura su posada?

ISABEL: Sí, de otro modo hubiera avisado.

FARFÁN: Al llegar me alarmé pues vi muchos soldados y oficiales de la guarnición sentados en las mesas.

ISABEL: Son clientes asiduos. Los atrae mucho mi vino isleño. El mismo comandante Vásquez acostumbra venir a cenar aquí y hasta el señor Corregidor la sigue honrando con sus visitas.

FARFÁN: Dicen que ése mete las narices en todas partes.

ISABEL: Le place dejarse ver y hablar de su propia persona. Toma aquí bizcochos con vino de Málaga y refiere sus galanterías... Ah pero, ¿sabe usted que visita a doña Joaquina?

FARFÁN: ¿Hasta tal extremo llega su vigilancia?

ISABEL: Creímos al principio que iba a vigilarla, pero tiene otros fines...

FARFÁN: No entiendo...

ISABEL: Atraído por las prendas de su señora, intenta galantearla... Mas doña Joaquina está en guardia por sus respetos.

FARFÁN: Miserable. De todos modos hay que estar alerta. ¿Cree que no sospecha de la presencia en La Guaira de don José María? ¿Que no huele lo que proyectamos?

ISABEL: No creo, es muy presuntuoso y ya lo hubiese comunicado para ganar valimientos... ¡Cómo los desea!

FARFÁN: ¿Y de usted no sospecha nada?

ISABEL: ¡Qué va a sospechar! Me hace confidencias y hasta sin reparos encarga por mi intermedio buen ron jamaquino y telas de Holanda. Precisamente me ha hecho un pedido de pañuelos finos... *(Tocan a la puerta. Isabel abre y entra Margarita con una jarra y un vaso)*

MARGARITA: Aquí está la limonada. *(Sirve la limonada a Farfán)*

ISABEL: ¿No hay novedad afuera?

MARGARITA: Todo está igual.

ISABEL: No dejen de vigilar y en cuanto llegue el recadero de doña Joaquina lo pasan.

MARGARITA: No se preocupe. *(Margarita sale. Isabel cierra la puerta)*

FARFÁN: *(Mirando otra vez su reloj)* El tiempo vuela... Ese dinero y los informes han debido estar aquí...

ISABEL: No deben tardar.

FARFÁN: Nos urge mucho el dinero en la Guadalupe. Los comerciantes, los hoteleros, los embarcadores; todos nos asedian. Y nadie ofrece algo si no pagamos por adelantado.

ISABEL: Ya lo imaginamos.

FARFÁN: Lo último que nos enviaron sirvió para pagar la propaganda. Ah, y a propósito, en los pliegos vienen las máximas republicanas, hay que copiarlas y distribuir las... Y que todos se aprendan la consigan para el día decisivo, será: ¡Viva el pueblo soberano, muera el despotismo! Para entonces deben estar las carabelas cuatricolor.

ISABEL: ¿No estará muy lejano ese día?

FARFÁN: Si trabajamos bien, no.

(Tocan en la puerta. Isabel abre. Entra Margarita con un farol, la sigue una mujer embozada, al avanzar se descubre)

ISABEL: *(Sorprendida)* ¡Joaquina! ¡Usted aquí!

FARFÁN: ¡Doña Joaquina Sánchez, usted misma! ¡Es una imprudencia!

ISABEL: *(A Margarita)* Ve y vigila con mucho cuidado. Dile a Isidra que cuide el pasadizo. *(Margarita sale. Isabel cierra la puerta)*

FARFÁN: Ha debido mandar a alguien o no venir usted, ha sido un paso peligroso.

JOAQUINA: Necesitaba hablar personalmente con el que vendría de la Guadalupe. (*A Farfán*) Ignoraba que sería usted, nuestro buen amigo Félix Farfán... (*Le estrecha la mano*)

FARFÁN: Tuve que venir yo, pues a Mendiri lo detuvieron en Puerto Rico. Pero su presencia aquí a esta hora me alarma... ¿Ha pasado algo?

JOAQUINA: Ya le explicaré. Antes quiero que me responda: ¿Se consiguieron las armas? ¿Podremos hincar el movimiento rápidamente?

FARFÁN: (*Con desaliento*) ¡No! Todos los esfuerzos para conseguirlas a créditos han fracasado. Los comerciantes sólo las ofrecen a cambio de dinero seguro.

JOAQUINA: ¿Quiere decir entonces que aún debemos pensar en ellas como algo remoto?

FARFÁN: Así es. Dábamos por seguro el crédito, pero los vendedores se echaron para atrás. Quieren mucho dinero adelantado. En los pliegos que traje se informa todo.

(*Isabel da a Joaquina los sobres*)

JOAQUINA: Ah, esos comerciantes ingleses. ¿Acaso no les interesa poder negociar con estas provincias cuando hayan recobrado su libertad?

FARFÁN: Sí, peor, no ayudan sino de acuerdo a sus conveniencias. Como ahora buscan la amistad de España, esquivan ayudarnos. Cuando estén contra ella volverán a sonreírnos. De todos modos si les ofrecemos buenos doblones sabrán

jugar a las dos cartas, son diestros en eso. Pero, ¿dónde conseguir el dinero?

JOAQUINA: Traje una letra por quinientos pesos de cacao que debe estar llegando a Jamaica. Llévela usted y desde el primer sitio seguro la envía. (*Saca del seno un papel y lo da a Farfán*)

FARFÁN: (*Tomando la letra*) Es algo, pero necesitamos casi tres mil pesos.

ISABEL: ¡Tres mil pesos!

FARFÁN: Con ellos podremos lograr que nos adelanten algunos fusiles y picas.

JOAQUINA: Es urgente conseguir ese dinero. Nunca ha sido más urgente.

FARFÁN: Pero, ¿qué sucede? Su venida aquí de esa forma, su rostro preocupado, hacen presumir que algo grave ocurre. ¿Acaso don José María ha sufrido algún contratiempo? ¿Saben acaso que ha vuelto a la Provincia?

JOAQUINA: Nada de eso ha ocurrido. José viaja con seguridad reclutando partidarios para el movimiento. Los planes marchan con firmeza... La Guaira es nuestra y en Caracas casi todos los pardos nos acompañan... ¡El pueblo tiene ansias de libertad!

FARFÁN: (*Interrumpiéndola*) ¿Teme acaso que los mantuanos sospechen que reanudamos los planes insurreccionales?

JOAQUINA: No, de ellos nos cuidamos tanto como de la gente del Rey. Sabemos que todavía los aterra la idea de una revolución igualitaria... Y hasta ahora les hemos tapado los ojos...

FARFÁN: ¿Entonces? (*Hace gestos de que no comprende*)

JOAQUINA: No hay peligros cerca. Sin embargo... debemos fijar una fecha para la rebelión...

FARFÁN: No entiendo... Sin las armas sería arriesgado...

JOAQUINA: ¡Debemos conseguirlas cuanto antes...!

FARFÁN: Pero, ¿y el dinero?

JOAQUINA: Es cierto. ¡Dinero! ¿Dónde hay dinero? Todo el que se ha podido reunir ya está gastado...

ISABEL: Isidra tiene unos pesos guardados... Ella los ha ofrecido...

JOAQUINA: ¿Los pesos de Isidra? ¡No! Los tiene para comprar la libertad de su hermano, sueña con no verlo esclavo. Los ha reunido centavo a centavo...

ISABEL: Ella dice que si nuestra causa triunfa no habrá necesidad de comprarla, la libertad será de todos.

FARFÁN: Lo que haya, debe comprometerse...

JOAQUINA: ¡Es cierto, tenemos que ganarle al tiempo!

FARFÁN: Pero, ¿por qué tanta premura? ¿Cree que los comprometidos se echarán para atrás? ¿Hay peligro para usted y su esposo?

JOAQUINA: Nadie se echará para atrás. Todo el pueblo nos seguirá al sólo alzar las armas junto a la palabra libertad; y usted sabe, Farfán que nada temo por mí y si es José María ya ha dispuesto su vida para la causa de la patria. ¿Si tuviera temor hubiera vuelto sabiendo que su cabeza está a precio? Y si yo cuidara su vida y la mía, ¿no habría impedido que regresara y antes que eso me hubiera marchado a reunirme en la Guadalupe para allí vivir tranquilos? Temo únicamente por el movimiento, por su fracaso, porque se nos frustre el sueño de independencia tantas veces hilvanado...

FARFÁN: ¿Piensa que puede haber otra delación? ¿Que surja otro padre Echeverría para recoger y llevar denuncias de timoratos?

JOAQUINA: ¡No...!

FARFÁN: Entonces, ¿no entiendo...!

JOAQUINA: Es que hay algo... No sé, no sé cómo decirlo...

FARFÁN: Usted me inquieta... ¿Qué es lo que hay?

ISABEL: ¿Qué acontece?

JOAQUINA: Debo comunicárselo, a eso vine...
¡Ocurre que yo estoy embarazada...!

FARFÁN: ¡¿Cómo?!

ISABEL: ¡Embarazada...!

JOAQUINA: ¿Se dan cuenta...? Ahora no hay peligro, pero ya comienza a notarse. Al principio no quise creerlo, mas, desde hace una semana tengo la evidencia...

ISABEL: ¿Y nada puede hacerse?... Usted sabe... hay hierbas...

JOAQUINA: No, no lo haré nunca, es un hijo de José, un hijo de su amor.

FARFÁN: ¿Lo sabe José María?

JOAQUINA: Por eso ha ido al interior, piensa como yo, que debemos apresurarlo todo.

FARFÁN: Es grave lo de su embarazo. ¿Alguien más lo sabe?

JOAQUINA: Nadie. Me cuido mucho. No recibo visitas y hasta finjo que sufro una enfermedad del pecho para justificar mi reclusión. Peor, no podré ocultarlo mucho tiempo. Me vigilan. Hace una hora estuvo en casa el señor Corregidor. Debo ir a La Ermita del Carmen los domingos. Además, la vecina, María Josefa Herrera, me espía. Los doce mil pesos que ofrecen por la cabeza de mi esposo la tientan demasiado.

FARFÁN: Podría irse de la Provincia por algún tiempo mientras llega el niño...

JOAQUINA: ¿Y quién cuidará de José María? ¿Y del reparto de la propaganda y recaudación del dinero? Usted sabe que muy pocos somos los que movilizamos todo, después del primer fracaso hubo mucho ánimo decaído. La presencia de todos aquí es urgente para que el movimiento marche.

FARFÁN: ¡Es cierto! La acción de cada uno de ustedes es inestimable...

JOAQUINA: La de todos, Farfán; ustedes también se juegan la vida a cada instante en esas islas y mares.

FARFÁN: ¡Si todo fuera jugarse la vida!

JOAQUINA: A veces sí lo es, amigo mío. ¡Pienso que podemos morir o ser detenidos y me aterro! Que descubran a José María... ¡Terrible! El movimiento se retardaría por quién sabe cuántos años... Y el pueblo americano seguiría con sus cadenas... Por eso le digo a todos: ¡Hay que vivir! ¡Y alcanzar la libertad y verla y gozarla! Yo anhelo mirarla en los ojos de mis hijos y de José María... Y algún día, Farfán, la miraré...

FARFÁN: (*Entusiasmado*) Todo se apresurará. Solicitaré dinero por donde vaya. Hagan aquí otro tanto... Ah, y que nadie sepa eso...

JOAQUINA: Y pensar que es un hijo el que ha traído esta preocupación...

FARFÁN: Él verá una patria libre y se la habremos dado nosotros...

JOAQUINA: Es cierto. Será feliz y libre.

(Tocan en la puerta con premura, Isabel abre, entra Isidra visiblemente turbada)

ISIDRA: ¡Ha llegado el señor Corregidor y pregunta por usted, Isabel!

FARFÁN: *(Inquieto)* Don Gerónimo de Pimentel aquí...

JOAQUINA: ¡Ese hombre...!

ISIDRA: Viene hacia acá...

ISABEL: Rápido, ocúltense allí. *(Señala el nicho. A Isidra)* Ayúdame a guardar esto...

(Ambas recogen los objetos de la mesa, los paquetes y el cajón escondiéndolos. Joaquina y Farfán se ocultan en el nicho. Isidra los tapa con un fardo. Segundos después entra el Corregidor seguido por Margarita)

CORREGIDOR: Ah, por fin al encuentro...

ISABEL: Qué vergüenza tan grande, su señoría de visita en mi posada y apenas en este momento lo he sabido... Excúseme y tome asiento... *(Le acerca una silla)*

CORREGIDOR: *(Sentándose)* Iba de paso, pero el calor es tan fuerte que decidí tomar uno de esos gratos refrescos que preparan aquí. *(Saca un pañuelo y se abanica el rostro)*

ISABEL: Sabe su señoría que siempre estoy para servirlo. También hay bizcochos, ¿no siente el olor que llega del horno?

CORREGIDOR: Claro, claro. Son deliciosos sus bizcochos. Comeré alguno con el refresco...

ISABEL: Los deseos de su señoría honran mi posada... *(Se dirige a Isidra y Margarita)* Ah pero, ¿ustedes qué hacen aquí? Vayan a preparar el refresco para su señoría y a buscar los bizcochos, que sean de los más doraditos...

(Salen Isidra y Margarita)

CORREGIDOR: Tiene más sirvientas ahora. Veo que su negocio progresó...

ISABEL: Las he empleado provisionalmente, pues están contratadas para ir a trabajar donde doña Joaquina Sánchez...

CORREGIDOR: Ah, esa pobre señora, tan hermosa, tan llena de bondades... En su casa estuve y supe de sus quebrantos... Cómo la estimo...

ISABEL: Y dicha señora debe sentirse honrada...

CORREGIDOR: Si supiera cómo lamento la triste posición en que la colocó la calavera de su marido... Qué manera de proceder para con su familia. ¿Se da cuenta? Menos mal que los niños están pequeños, pero ella ha sido la víctima. Qué hombre, a punto estuvo de sumir esta feliz Provincia en un caos de sangre y muerte. Sólo nos salvó la Providencia...

ISABEL: Así es, como dice su señoría...

CORREGIDOR: ¡Qué catástrofe pretendía ese maldito...! ¡Todos iguales! ¡Los esclavos libres! ¿Imagina usted, que es una mujer cristiana, lo que eso significa? Los negros iguales a los blancos y, para colmo, libres. ¡Qué desorden! ¿Quién iba a trabajar las haciendas? Seguramente que él... Ja, ja.

ISABEL: Peor, dicen que doña Joaquina es muy piadosa...

CORREGIDOR: ¡Es un ángel sacrificado por ese demonio ambicioso! ¡Figúrese! Cuándo podrán llegar a ser iguales los negros y los indios a los blancos y nobles, si hasta en el mismo cielo hay jerarquías... Yo igual a un negro... se necesita valor... Menos mal que la gente de orden vio el abismo y no lo siguió, nos hubiéramos ahogado en lágrimas...

ISABEL: Su señoría hace que me estremezca...

CORREGIDOR: ¿No ha oído que en Francia han guillotinado a todo el mundo? Son locuras... Ah, pero sabemos que doña Joaquina no compartió sus planes, es una santa... Y a propósito, dígame... ¿Recibió los pañuelitos que le encargué? Son para regalarla...

ISABEL: Cómo lo siento no tenerlos aún, sólo dentro de una semana llegará la goleta que los trae... ¿Pero es verdad que serán para regalar a esa distinguida dama? Porque dicen que otras muchachas suspiran por su señoría...

CORREGIDOR: (*Atusándose el bigote*) Ah, cosas de beatas habladoras...

(*Entra Isidra*)

ISABEL: ¿Quiere su señoría tomarlo aquí o afuera bajo los uveros?

CORREGIDOR: Lo tomaré afuera, será mejor... Ah, qué clima sofocante el de este puerto, algo sofocante.

(*El Corregidor sale. Isabel e Isidra lo siguen. Segundos después Farfán y Joaquina salen del escondite*)

JOAQUINA: Qué hombre repugnante...

FARFÁN: Chiss, debe irse pronto de aquí...

(*Entra Isabel*)

ISABEL: Rápido, rápido, deben salir... Margarita los sacará mientras yo distraigo al señor Corregidor... (*Sale presurosa*)

FARFÁN: (*Besando la mano de Joaquina*) Mucho ánimo, el movimiento se apresurará y pronto fijaremos la fecha tan anhelada... El pueblo americano será libre... Démele un abrazo a su esposo, ya le contaré todo a Manuel Gual...

(*Margarita entra con un farol*)

MARGARITA: Por aquí, vengan, hay que apresurarse.

(Farfán y Joaquina se embozan y salen precedidos por Margarita)

Telón.

1. Introducción: importancia del tema y objetivos del estudio.

2. Marco teórico: fundamentos conceptuales y metodológicos.

3. Metodología: descripción del diseño de investigación y procedimientos.

4. Resultados: presentación de los datos obtenidos y análisis estadístico.

5. Discusión: interpretación de los resultados en relación con el marco teórico.

6. Conclusiones: síntesis de los hallazgos y recomendaciones.

7. Referencias bibliográficas: listado de fuentes consultadas.

8. Anexos: material complementario que respalda los datos.

9. Bibliografía: listado de obras citadas en el texto.

10. Glosario: definición de términos técnicos utilizados.

11. Índice: herramienta para facilitar la consulta de la información.

12. Resumen: síntesis concisa de todo el trabajo.

13. Agradecimientos: reconocimiento a quienes colaboraron en el estudio.

14. Anexos: material adicional que respalda los datos.

ACTO SEGUNDO

Escenario dividido en dos. En el lado derecho una callejuela, en el izquierdo sala en la casa de Joaquina Sánchez. La luz predomina en la estancia donde transcurre la escena. En la estancia hay dos puertas, una da a la calle y otra al interior, ambas están cerradas.

(En escena Isidra se ocupa de limpiar un mueble, por la puerta que da al interior entra Margarita)

MARGARITA: Salgo en busca de Rafael, pues debe llevar un recado urgente de doña Joaquina a Pancho Fobles.

ISIDRA: Debe estar en la fuente buscando agua.

MARGARITA: Allá iré y si no, lo buscaré en Palma Sola, donde el zambo Domingo.

(Margarita sale, Isidra cierra la puerta tras ella. Joaquina entra por la puerta interior. Se advierte su preñez de cuatro meses. En la mano lleva una carta)

JOAQUINA: ¿Y Margarita?

ISIDRA: Ya salió, según su orden a buscar a Rafael...

JOAQUINA: Deseaba que pasara también por donde Ponte...

ISIDRA: Si usted quiere puedo ir yo.

JOAQUINA: No, ni por un segundo te debes mover de aquí, pues a todo el que venga a fisgonear has de decirle que continúo enferma.

ISIDRA: Es cierto. Hace poco pasó la criada de las Martínez, las mantuanas que viven cerca de la iglesia de San Pedro. Si hubiera oído con qué tono me preguntó por la salud de usted...

JOAQUINA: Ese constante preguntar por mis quebrantos ayer y hoy y luego el contenido de esto. (*Muestra la carta*) No deja lugar a dudas de lo que hay... (*Camina nerviosa*)

ISIDRA: ¿Es de las Palomares?

JOAQUINA: Sí, me invitan a la ceremonia que harán esta noche para entronizar a la imagen de la Virgen que les llegó de Sevilla. Me recomienda que no deje de ir pues oficiará el prebistero López.

ISIDRA: Dicen que todo lo principal de La Guaira y Macuto estará allí.

JOAQUINA: Estoy desconcertada. Y cómo avisarle de esta novedad a José María. A lo mejor ya ha viajado de Santa Lucía hacia otra parte.

ISIDRA: Es una treta, no hay duda. Fijese que todo ha venido luego que la María Josefa se asomó al tejadillo y la miró a usted en el baño.

JOAQUINA: Y bien de frente que lo hizo, no tuve tiempo ni de ocultarme.

ISIDRA: Tiene que seguir aparentándose enferma...

JOAQUINA: Pero, ¿cómo hacerlo si la Josefa a murmurado? Ya hasta doña Teresa Ocanto, la prima del comandante Vásquez Téllez, me ofreció su médico, lo hizo con ironía.

(Por la calle llega el señor Corregidor. Toca en el portón)

JOAQUINA: *(Al sentir los golpes)* A quien sea le dices que estoy recogida pues tengo dolor en el pecho...

(Joaquina va al interior, Isidra se dirige al portón y abre, entra el señor Corregidor. Trae un ramo de flores)

ISIDRA: Ah, es usted, pase su señoría sea bienvenido. Sírvase tomar asiento...

CORREGIDOR: ¿Y la señora? Espero que ya esté mejorada...

ISIDRA: Ojalá fuera así, pero continúa con sus quebrantos, hace poco tuvo el dolor, pero con un ponche que le dimos logró quedarse dormida... ¡La pobre!

CORREGIDOR: *(Sentándose)* Qué lástima grande. Y vaya que lleva tiempo enferma su señora. Me han dicho que es la jaqueca, pero yo sospecho que puede ser algo peor. ¿Acaso no han

llamado al doctor? Sé de uno llegado de Francia últimamente que trajo hojas de quina y tártaro bemético, grandes medicinas, dicen.

ISIDRA: Mi señora no cree sino en los remedios caseros, de todos modos le referiré las preocupaciones de su señoría.

CORREGIDOR: (*Incorporándose*) Ah, y dígame que se cuide mucho, su salud es muy preciosa.

ISIDRA: Es un honor para mi señora.

CORREGIDOR: Entréguele estas flores, son de Galipán, encargadas especialmente para ella...

ISIDRA: Cuántas preocupaciones las de su señoría... Cómo se va a alegrar mi señora por tan gentil presente, le encantan las flores. (*Toma las flores*)

CORREGIDOR: Es propio de las damas como ella. Pero dígame, ¿sabe la señora de la ceremonia que habrá esta noche donde las Palomares? Será algo suntuoso...

ISIDRA: Recibió una misiva de dicha familia... Ha debido ser invitándola...

CORREGIDOR: ¿Cree que irá? (*Se atusa los bigotes con picardía*)

ISIDRA: ¡Con esos quebrantos! Quién sabe... Además su situación...

CORREGIDOR: Siendo algo religioso, doña Joaquina no debe poner reparos. Podría hasta pedirle a

la Santa Madre de Dios muchas cosas... ¡Esa Virgen de Sevilla es muy milagrosa!

ISIDRA: Es verdad lo que dice su señoría.

CORREGIDOR: Bueno, ya he cumplido con informarme de la salud de doña Joaquina. *(Abanicándose con su pañuelo)* Ah, qué clima maldito y áspero el de este puerto. *(Sale hacia la calle)*

ISIDRA: Todo diré a la señora, pierda usted cuidado. *(Cierra la puerta)* También él... Ah, y qué flores de Galipán... Fatuo...

(Por la calle llega María Josefa Herrera, mira el portón de Joaquina y al Corregidor que se va. Deteniéndose y con visible expresión que quien urde una intriga toca el portón)

ISIDRA: *(Abriendo)* Ah, si es la vecina María Josefa Herrera, pase...

(María Josefa pasa)

MARÍA JOSEFA: Pasaba por aquí y para no perder la costumbre decidí entrar un momentito para informarme por la señora. ¿Cómo sigue?

ISIDRA: Pues lo mismo... Ahora está dormida.

MARÍA JOSEFA: ¡Qué lástima, la pobre...! Y de lo que se va a perder...

ISIDRA: ¿De qué?

MARÍA JOSEFA: Pues de esa entronización de las Palomares. ¿La han invitado?

ISIDRA: Creo que sí, pero con esos quebrantos quizás no pueda ir.

MARÍA JOSEFA: Sería una pena que se perdiera de esa velada, ella que es tan buena católica. (*Mira las flores*) Qué bellas flores, tan frescas como lucen... ¿Algún regalo?

ISIDRA: Son un obsequio del señor Corregidor para doña Joaquina.

MARÍA JOSEFA: ¿Del Corregidor? ¡Qué honor! ¿Las envió?

ISIDRA: No, las trajo él mismo.

MARÍA JOSEFA: Es muy gentil su señoría. Y he oído decir que se preocupa muchísimo por la salud de doña Joaquina.

ISIDRA: Sí, es muy atento para con la señora... Pero si usted gusta tomar asiento... (*Coloca las flores en un jarrón*)

MARÍA JOSEFA: No, gracias, sólo vine un momentito para saber de la doña... Me apena tanto su estado... Pero ella es joven y debe reponerse... Además, no debe ser grave lo que tiene, ¿verdad? Por ahí dicen que puede estar tísica. Para usted eso sería serio, ya sabe, por el contagio. Cómo se pega esa enfermedad.

ISIDRA: Mi señora cree que es el hígado...

MARÍA JOSEFA: El hígado mata... Pero para mí lo que necesita su señora es distraerse, salir, tomar aire, olvidarse de preocupaciones... ¿Desde cuándo no sabe de su esposo...?

ISIDRA: (*Hace un gesto de desconsuelo con la cara mientras mueve la cabeza*) No ha vuelto a saber nada de él.

MARÍA JOSEFA: Qué calamidad esa... ¿Y no han venido a verla los Ponte?

ISIDRA: No, no han venido. ¿Acaso están en La Guaira? Los hacía en Canarias.

MARÍA JOSEFA: Dicen que llegaron la semana pasada, y como eran tan asiduos de esta casa...

ISIDRA: Ya sabe usted cómo se ha alejado la gente de aquí.

MARÍA JOSEFA: Así es el mundo. A nosotras desde que quedamos pobres y le dio esa parálisis a mamá muchos casi ni nos miran... Pero no pierdo las esperanzas de tener dinero algún día y entonces ya verá quien venga a buscarnos... Te estoy quitando el tiempo. Fijate el ratito lo que se volvió... Me voy... (*Se incorpora*) Salúdame a la doña y que seguiré pidiendo a los santos por su salud. (*Sale, Isidra cierra la puerta*)

ISIDRA: Que la oigan... (*Una vez que ha salido*) ¡Vibora...!

(*Entra Joaquina*)

JOAQUINA: ¡La hipócrita! (*Mostrándole las flores*)

ISIDRA: Las trajo el señor Corregidor.

JOAQUINA: Van tres visitas esta semana.

ISIDRA: Y preguntó lo mismo que la mujer esa, si usted había sido invitada a la ceremonia de las Palomares... ¿No le parece raro?

JOAQUINA: Sí, y estoy como aturdida... Ojalá no tarde Margarita, debo enviar una nota a mi hermano para que entere de todo a José... Esto es una calamidad...

(*Llegan Margarita y Rafael, tocan, Joaquina se esconde, Isidra abre*)

ISIDRA: (*Para que oiga Joaquina*) Son Margarita y Rafael.

(*Joaquina vuelve a escena*)

RAFAEL: (*A Joaquina*) Ya cumplí su encargo, me dijeron que los papeles fueron enviados y que no ha llegado ninguna correspondencia de Jamaica. Las lanzas y machetes están siendo distribuidas poco a poco... y que piense mucho lo que va a hacer.

JOAQUINA: En eso estoy, pero apenas comienzo a cavilar me invade un desasosiego extraño. (*Saca un papel y tinta de la mesita y con premura escribe algo. Lee, dobla el papel y lo entrega a Rafael*) Lleva esto a mi hermano y

regresa rápido. En caso de contratiempo te lo comes...

(Rafael toma el papel lo guarda y sale. Joaquina se deja caer como agobiada sobre una silla)

ISIDRA: Le prepararé un baño tibio, le calmará los nervios...

JOAQUINA: Bueno...

(Isidra sale. Por la calle llega Isabel y toca la puerta. Joaquina se turba)

MARGARITA: ¿Quién es?

ISABEL: Yo...

MARGARITA: Es Isabel... *(Abre, entra Isabel)*

JOAQUINA: ¿Tú? ¿Qué te ocurre...?

ISABEL: No he debido venir a esta hora, pero me arriesgué a hacerlo porque he oído algunas cosas alarmantes en el mercado...

JOAQUINA: ¿Qué cosas?

ISABEL: Algo serio: la criada de Iturriza y el mulatito de don Joaquín García me han dicho que en sus casas se rumora que usted no sufre quebrantos sino que está embarazada... Figúrese...

JOAQUINA: *(Incorporándose)* No, no digas... Entonces, ¿ya es un rumor público?

ISABEL: La sorpresa me dejó aturdida. No pude averiguar más y me vine acá... ¿Cómo ha podido trascender eso? ¿Ha habido alguna imprudencia?

JOAQUINA: María Josefa Herrera desde su tejado espío cuando me bañaba.

ISABEL: ¡Esa bandida! ¿Y ahora, qué hacemos?

JOAQUINA: En eso estoy... Y para colmo las Palomares me han invitado para su ceremonia de esta noche... Ya ves, es toda una cadena...

ISABEL: Te habían vuelto la espalda...

JOAQUINA: Por eso es extraña la invitación...

ISABEL: Creo que no debes ir, insiste en que estás quebrantada. ¡Es necesario que nadie te vea, que no se pueda confirmar el rumor! Debemos ganar tiempo, quizás todo pueda efectuarse pronto...

JOAQUINA: (*Mueve la cabeza con desaliento*) Nada hay seguro aún...

ISABEL: Por eso mismo tienes que permanecer oculta.

JOAQUINA: Si esa mujer me vio no puedo seguir fingiendo. Con sólo el Comandante de Armas hacerme comparecer a su presencia estoy descubierta...

MARGARITA: ¿Juzgarán que José María está en la Provincia?

JOAQUINA: Tienen que imaginarlo... o si no pensarán que... Ah, pero para mí sería terrible...

MARGARITA: (*Deduciendo algo*) Ah, ¿sabe usted?... la vecina María Josefa cree...

JOAQUINA: ¿Qué cree?

MARGARITA: Pues cuando salgo y me la encuentro no hace sino interrogarme para averiguar si hay algo entre usted y el señor Corregidor o uno de los Ponte hay algo...

JOAQUINA: Entonces esa bicha supone que yo... Miserable...

ISABEL: Es una serpiente... Ah, pero Joaquina, ¿no es mejor que lo imagine así?

JOAQUINA: En eso pienso, es cierto. Mas ¿y mi honra? ¿Y la dignidad de José y la de mis hijos? ¿A qué desprecio me expongo? ¿No seré tratada por todas esas mantuanas orgullosas como una cualquiera? Ya me parece verme despreciada, vilipendiada, acosada... ¡Es terrible!

ISABEL: ¡Es cierto!

JOAQUINA: Seré como una prostituta cualquiera. Peor, porque ellas no tienen maridos prófugos a quienes traicionar... Maridos prófugos. (*Se lleva las manos al rostro*) Ah, pero si no imagina eso y se dan a pensar la verdad. ¿Qué será de

todos? ¿De la Revolución, de José María, de mis hijos, de la patria que soñamos crear?

ISABEL: No quiero ni pensarlo.

MARGARITA: ¡Quedarán siempre el Rey y los mantuanos!

JOAQUINA: ¿Por qué no estará aquí José?

ISABEL: Si usted y él pudieran salir de la Provincia...

JOAQUINA: ¿Huir? ¿Huir? ¿Quién habla de huir?
¡Ah, huir! ¡Es cierto! Ir a otra parte, vivir felices con nuestros hijos. No tener tormentos, no sentir sobre uno constantemente el peligro de la horca, del verdugo. Poder mirar con tranquilidad las flores, el cielo, los niños. Andar por la calle con sosiego. Poder hablar sin medir las palabras. ¡Vivir apaciblemente! Pero, ¿es eso vida? ¿Y la libertad? ¿Y esa patria feliz que tanto deseamos crear? ¡Sería una traición a algo puro, hermoso...!

ISABEL: ¡Lo que ocurre es horrible!

JOAQUINA: Pero más es dar la espalda a todo y vivir sin rumbo. ¿Acaso no somos un eslabón de la cadena humana y con la tarea de crear algo mejor para los que vengan después? ¡Odio lo cobarde, lo estéril, lo muerto!

ISABEL: ¡Qué situación esta...!

JOAQUINA: ¿Cómo podría vivir después si huyera cómodamente abandonando mi deber?

Sería como hundirme en un pozo oscuro de remordimiento. Tengo que proseguir hacia adelante. Que crezca el rumor, no importa, yo le daré frente... Y José me apoyará...

ISABEL: Hay un gran peligro, además tendrás que escoger y sabes lo que podrá decirse.

JOAQUINA: Ya está decidido. (*Se yergue vigorosa*) No podrán decir sino que soy una mujer liviana que ha traicionado a su marido ausente. Dirán eso a los cuatro vientos, pero nosotros seguiremos hacia adelante en busca de nuestra patria. Que lo digan, no importa. Peor sería que ahora todo se hundiera.

MARGARITA: Es verdad.

JOAQUINA: Ya no podremos retroceder. (*Entra Isidra, Joaquina se dirige a ella*) Apúrame el baño y me prepararás un vestido negro, aquel que no uso desde hace unos años. Tiene cintillas rosa. Con un buen corset y un corpiño ajustado, ¡disimularé! (*A Isabel*) Tú saldrás mañana para Curazao, es necesario que todo se apresure. Gual debe venirse y Farfán despachar las armas.

ISABEL: ¿Qué piensa hacer?

JOAQUINA: Dejaré la reclusión. Iré a la ceremonia de las Palomares y mañana oiré misa en San Pedro. Me verán todos... (*A Margarita*) Le dirás al negro Matías que me alquile un coche y avisa a los sobrinos de Ponte para que me acompañen... Una mujer liviana. ¡Qué sorpresa se van a llevar!

ISABEL: ¡Joaquina...!

ISIDRA: ¿Entonces?

JOAQUINA: Hay dos caminos terribles y escojo. No es cuestión de huir sino de proseguir con decisión hasta el triunfo. *(A Isidra y Margarita)* Vayan a hacer lo que les he indicado.

(Isidra y Margarita salen, la primera hacia adentro y la otra a la calle. Isabel toma con calor una mano de Joaquina)

Telón.

ACTO TERCERO

El mismo escenario del acto segundo. La calle está débilmente iluminada, predominando la luz en la estancia, donde Joaquina e Isidra hablan.

JOAQUINA: ¿Aún no ha regresado Isabel?

ISIDRA: Me informaron en la posada que la esperan para mañana.

JOAQUINA: En las cartas me dicen que con ella vendrá disfrazado Manuel Gual. Hay que ampliar el escondite para que quepan él y José.

ISIDRA: ¿Don José vendrá por fin pasado mañana?

JOAQUINA: Si deja todo arreglado en Carayaca estará aquí al anochecer...

(Llega Margarita, toca. Isidra le abre y entra)

MARGARITA: Continúan en la calle los comentarios y las maledicencias.

JOAQUINA: ¿Has oído algo más?

MARGARITA: Dicen todos los Blanco que ya usted ha perdido la lista de amantes... Y que esta casa es una Sodoma y Gomorra...

ISIDRA: La María Josefa Herrera cuando entra o sale de su casa, da la vuelta por la manzana para no pasar por nuestra puerta...

MARGARITA: Anda regando por allí que se mudará, pues la perjudica vivir al lado de una gente de dudosa reputación...

JOAQUINA: Eso sería magnífico... *(A Margarita)* Prepárame el vestido negro y el pañolón; y para ti la manteleta blanca, pues debes acompañarme esta noche a una reunión importante en El Guamacho...

MARGARITA: Voy a eso entonces. *(Va al interior)*

JOAQUINA: Ojalá podamos hincar el movimiento pronto... José María y Gual lo decidirán una vez que lleguen.

(Por la calle llega el padre Echeverría, toca en la puerta de Joaquina. Isidra abre)

ISIDRA: Es el padre Echeverría.

(Éste entra)

JOAQUINA: Ah, usted... ¿Qué desea? ¿Por qué viene a mi casa?

PADRE: Necesitaba hablarte...

(Isidra va al interior)

JOAQUINA: ¿Después de lo que hizo hace dos años?

PADRE: Cumplí un deber cuando recibí la denuncia sobre la conspiración que me hicieron dos feligreses, no tuve otro camino sino informar

a mi superior el Arzobispo. Ignoraba que José, mi amigo, mi hermano casi, estuviera en el complot. Pero no es de eso que quería hablarte. ¡Felizmente José está a salvo en el exterior y ojalá nunca más vuelva a esta Provincia donde su vida peligra!

JOAQUINA: ¿Qué quiere entonces...?

PADRE: Debo ocuparme de tu conducta. (*Le señala el vientre*) Has dado motivo para ello.

JOAQUINA: ¿Por qué debe usted ocuparse de eso?

PADRE: Aún eres la esposa de José y la madre de sus hijos... Su reputación y la tuya corren por el arroyo. Has dado escándalos. Se habla de que debes ser sacada de La Guaira como un ser indeseable.

JOAQUINA: (*Alarmada*) ¿Yo sacada de La Guaira?

PADRE: Me apena lo que podrá sufrir José cuando se entere de todo. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué tales extravíos? Tú eras una mujer honesta. ¡Hasta te admiraba!

JOAQUINA: ¡Una mujer honesta! ¡Ja!

PADRE: Debes volver al buen camino antes de que sea demasiado tarde... Acuérdate de la santa Magdalena...

JOAQUINA: (*Como abstraída*) ¡De manera que piensan sacarme!

PADRE: (*Mueve la cabeza afirmativamente*) Si en algo puedo ayudarte y prometes tomar la buena senda, búscame... (*Sale con lentitud*)

JOAQUINA: (*Una vez ido el padre Echeverría y como reaccionando*) Tengo que avisar a mi hermano y a José rápidamente. (*Llama*) ¡Isidra! ¡Margarita!

ISIDRA: (*Entrando*) ¿Qué ocurre?

JOAQUINA: Algo serio, vamos a buscar a Margarita, pues debe llevarme unos recados pronto...

(*Joaquina va al interior, la estancia se va quedando dentro de una penumbra tenue mientras se ilumina con lentitud la calle, por ella llegan Vásquez Téllez y el Corregidor*)

CORREGIDOR: Pues, comandante Vásquez, comparto su idea de hacer este interrogatorio. Es necesario saber a qué atenemos.

VÁSQUEZ: La buena sociedad está alarmada. Tanta liviandad no se había visto en estas provincias cuya gente ha sido temerosa siempre de las buenas costumbres...

CORREGIDOR: Pero ella parece que está sin cuidado, es propio en mujeres así.

VÁSQUEZ: Tendrá que salir de este puerto. Muchas familias lo han pedido, sobre todo después del sermón del párroco de San Pedro anatomizando la deshonestidad...

CORREGIDOR: Fue directo...

VÁSQUEZ: Pero yo tengo mis dudas, ¿sabe? Y el capitán García también. Hasta teme que el embarazo de esa señora pueda deberse a que su marido, desafiando la justicia del Rey, la haya visitado alguna vez...

CORREGIDOR: Ja, ja... Es risible. Eso sería dudar de vuestro celo y la vigilancia en la persecución de los enemigos de nuestro señor el Rey.

VÁSQUEZ: Así es, así es... Sería dudar de mi celo... Cierto... Comparto la opinión general: ¡Lo que hay es corrupción, deshonestidad! ¿Y sabe que se habla de un amante? O de más de uno...

CORREGIDOR: Quisiera saber quién o quiénes son... Ha sido el colmo en esa señora... ¡El colmo! ¡Tener un amante en nuestras propias narices! ¡Una burla!

VÁSQUEZ: ¿Sabe su excelencia que muchas personas han sospechado de que podría ser usted uno de ellos?

CORREGIDOR: ¿Se ha murmurado eso? ¡Qué puerto este de beatas calumniadoras! ¡Espero que no lo haya creído usted...! Ah, decir eso de mí que para tratar a alguien requiero que sea cristiano viejo y fiel servidor de su Majestad...

VÁSQUEZ: Comprendo su preocupación...

CORREGIDOR: ¡Y no es para menos...! Yo su amante, Dios me ampare. (*Se persigna*)

VÁSQUEZ: (*Mostrando*) Ahí viene la comisión para el interrogatorio.

(*Llega un oficial, dos soldados y un escribiente*)

OFICIAL I: (*Cuadrándose*) A la orden, señor Comandante...

VÁSQUEZ: Podemos proceder, toque la puerta...

(*El Oficial I toca con un pomo de su espada en el portón de Joaquina*)

OFICIAL I: (*Tocando más recio*) ¡Por orden del Rey, abrid...!

(*La sala de Joaquina se ilumina, Isidra llega y abre la puerta*)

VÁSQUEZ: Dile a tu señora que venimos a practicar un interrogatorio y un registro. Deseamos que comparezca aquí inmediatamente.

(*Todos entran*)

ISIDRA: La señora está recogida.

VÁSQUEZ: ¡Haga lo que le ordeno, pronto!

ISIDRA: El señor será obedecido...

(*Va al interior*)

VÁSQUEZ: (*Al Oficial I*) Registra toda la casa. Vaya con dos soldados. Interrogue a la servidumbre.

(Entra Joaquina)

JOAQUINA: Buenos días comandante Vásquez Téllez, buenos días señor Corregidor. ¿Qué ocurre? Me ha dicho una de mis sirvientas que piensa practicar un registro en mi morada, ¿es cierto?

VÁSQUEZ: *(Saludándola con una leve inclinación de cabeza)* Así es señora. En nombre del Rey y por órdenes del señor Capitán General. También la interrogaremos a usted.

JOAQUINA: ¿Un interrogatorio? ¿A mí?

VÁSQUEZ: El servicio de la Corona así lo exige.

JOAQUINA: Pero, ¿a esta hora...?

VÁSQUEZ: Para nosotros es la más apropiada.

JOAQUINA: Es un atropello.

VÁSQUEZ: No hay tal cuando se trata de salvaguardar los intereses sagrados de su Majestad. *(Al Oficial I)* Proceda a cumplir mis órdenes.

OFICIAL I: *(Se cuadra, luego dirigiéndose a los soldados)* Vamos... *(Va al interior seguido por los soldados)*

VÁSQUEZ: *(Al Escribiente)* Acerque la mesa y una silla... *(A Joaquina)* Puede usted tomar asiento...

JOAQUINA: Esto es un atropello. *(Se sienta)*

VÁSQUEZ: (*Al Escribiente*) Siéntese usted por allí y escriba todo cuanto yo pregunte y aquello que responda la interrogada.

(*El Escribiente toma otra silla y se coloca en actitud de escribir*)

JOAQUINA: No sé qué pretende usted.

VÁSQUEZ: (*Al Escribiente*) Escriba. (*Dicta:*)

«Hoy cuatro de abril de 1799, en cumplimiento del Real Servicio de su Majestad, el Comandante de Armas de este puerto de La Guaira, José Vásquez Téllez, ordenó y practicó un registro en la casa de Joaquina Sánchez, mujer del reo del Estado, prófugo José María España, así mismo... interrogó a la dicha Joaquina del siguiente tenor...». (*Al Escribiente*) ¿Ha escrito usted?

ESCRIBIENTE: Concluyo lo que ha dictado el señor Comandante.

VÁSQUEZ: (*Al Escribiente*) Seguirá de acuerdo con el interrogatorio. (*A Joaquina*) Tenemos noticias de que su esposo sigue en la isla de Trinidad y en otras de las Antillas sus nefastos planes contra el gobierno de su Majestad... ¿Sabe usted algo al respecto...?

JOAQUINA: Nada de eso.

VÁSQUEZ: ¿Tiene usted algunas noticias orales o escritas de Manuel Gual, Félix Farfán o Juan Manzanares?

JOAQUINA: Ignoro a esas personas...

VÁSQUEZ: ¿Y de su esposo? (*Joaquina guarda silencio y mira por toda la estancia*) Le pregunto por su esposo. ¿Qué ha sabido de él?

JOAQUINA: Nada he sabido desde que salió de este puerto.

VÁSQUEZ: ¿Pretende hacernos creer que no le ha enviado cartas, ni le ha remitido noticias de su paradero?

JOAQUINA: Así es.

VÁSQUEZ: ¿Se da cuenta usted de lo que dice? ¿De manera que su marido la ignora desde hace casi dos años?

JOAQUINA: No sé nada de él.

VÁSQUEZ: Se dice que es posible que la haya visitado; quizás estuvo en este puerto furtivamente y luego volvió a marcharse. ¿Ha ocurrido eso?

JOAQUINA: ¿Podría él burlar la vigilancia que usted ejerce sobre estas costas? Además, ¿para qué habría de venir?

VÁSQUEZ: Entonces, ¿afirma que no lo ha visto?, ¿que nada sabe de él?

Joaquina: Nada he sabido ni sé de él.

VÁSQUEZ: Pero entonces, señora, ¿se da cuenta?

JOAQUINA: Usted me pregunta y yo respondo...

VÁSQUEZ: Es que... si él no la ha visitado, si usted nada sabe de él desde aquella noche cuando pudo descubrirse lo que tramaba... si no lo ve desde entonces... desde hacia más de veinticuatro meses... Señora... francamente...

JOAQUINA: Mi esposo es un prófugo de la justicia del Rey y nada sé ni quiero saber de él.

VÁSQUEZ: (*Violento*) Ah, qué cosa. ¿Y esa preñez manifiesta? ¿Qué significa?

JOAQUINA: (*Serena*) ¿Qué piensa? ¿Acaso es José María el único hombre que existe? En este puerto hay mucho galán joven y osado...

VÁSQUEZ: ¡Eh! (*Al Corregidor*) ¿Ha oído? ¿Ha oído bien claro? ¡Qué liviandad, qué cinismo...!

CORREGIDOR: Señora... es inaudito, inaudito... ¡Una burla para todos! ¡Una verdadera burla! ¡Qué disipación!

(*Entra el Oficial I acompañado de los soldados*)

OFICIAL I: (*Cuadrándose*) Han sido registradas todas las dependencias de la vivienda sin hallar novedad. Los criados y servidumbre han sido interrogados...

VÁSQUEZ: ¿Qué averiguó?

OFICIAL I: Todos han respondido que nada saben del reo España... Ni de los... asuntos de la

señora... Dijeron ser celosos vasallos de su Majestad.

VÁSQUEZ: Está bien. (*El Oficial I se retira al fondo con los soldados*) (*A Joaquina*) ¿Sabe usted que su conducta pública tiene alarmada la honorable sociedad de este puerto?

(*Joaquina vuelve el rostro con altivez desviándolo del Comandante*)

CORREGIDOR: Es algo lamentable.

VÁSQUEZ: Pensé amonestarla, pero en vista de la forma inmoral, sencillamente inmoral de su respuesta, y a petición de muchas familias, me veré obligado a hacerla desocupar La Guaira.

JOAQUINA: ¿Qué quiere usted decir? No veo por qué va a proceder así contra mí.

VÁSQUEZ: Solicitaré del Señor Capitán General que la confine a otra parte. A las damas decentes de este puerto les sería difícil encontrarse con usted sin enojarse. Tendrá que irse de estas costas...

JOAQUINA: Siempre he vivido en ellas...

VÁSQUEZ: (*Con ironía manifiesta y melifluidad*) Y usted ama su solar nativo, es claro. Quizás podría dejarla. No soy un hombre cruel, que digamos. ¿Querría usted quedarse? (*Joaquina guarda silencio. Vásquez con fingida e irónica gentileza*) Me doy cuneta de que quiere quedarse... El amor, la pasión, en fin... es duro separarse de brazos amantes... ¿verdad?

JOAQUINA: ¿Qué pretende insinuar?

VÁSQUEZ: Quizás nos entendamos... Podría hacerme la vista gorda ante su conducta. No oír a las damas recatadas... A veces soy sordo, pero usted me dejaría oír una sola cosa... Una sola cosa.

JOAQUINA: ¿Adónde quiere ir a parar?

VÁSQUEZ: No se ponga nerviosa... Tenga calma... Sólo me diría usted una cosa...

JOAQUINA: ¿Qué cosa?

VÁSQUEZ: Si su esposo ha viajado de Martinica a Trinidad con un armamento. ¿Ha viajado o no? (*Melifluo*) Este es un puerto agradable. ¿Verdad? Y usted quiere quedarse en él con sus hijos y... sus otros cariños... ¿Sí o no?

JOAQUINA: Es usted un... buen servidor del Rey...

VÁSQUEZ: Así es... Pero, vamos, ¿desearía quedarse?

JOAQUINA: Desearía una sola cosa... No verlo a usted en mi casa...

VÁSQUEZ: ¿Es su última respuesta?

JOAQUINA: ¡Sí!

VÁSQUEZ: Entonces lamento decirle que procederé a escribirle sobre su caso al Señor Capitán General. ¡Y no escribiré con pluma de ángel!

(Al Oficial I) ¡Salgamos!

(El Corregidor y Vásquez saludan levemente a Joaquina y salen. Los siguen los soldados, el Oficial I y el Escribiente. En la calle, Vásquez dice algo en el oído al Corregidor, éste asiente, se emboza en su capa y se oculta cerca del portón de Joaquina. Los otros del grupo marchan. En la estancia, Joaquina ha quedado anonadada)

JOAQUINA: (Recobrándose) Isidra, Margarita, Rafael... (Llama recio y entran los tres)

ISIDRA: ¿Qué ha ocurrido? Afuera no han encontrado nada, ni siquiera vieron el escondite de don José...

MARGARITA: Estuve temblando. Menos mal que él estaba afuera.

RAFAEL: Nadie habló...

JOAQUINA: Todo está a punto de ser descubierto... Además, piensan sacarme de La Guaira... Lo que hemos preparado con tanto celo puede derrumbarse... Hay que proceder con rapidez...

ISIDRA: ¿Qué podemos hacer?

JOAQUINA: Tienen que salir ahora mismo a dar aviso a diferentes lugares... Tú Rafael irás a las haciendas de Naiguatá, los Caracas y Caraballeda. Hablarás con los esclavos comprometidos y los negros cimarrones, les dirás que deben estar preparados con machetes,

picas, lanzas y garrotes para cuando les enviemos la orden. Que entonces se dirijan a El Guamacho. Nosotros aquí asaltaremos al vigía, el cuartel de la pólvora y la cárcel... Una vez tomada La Guaira iremos sobre Caracas y El Tuy... La consigna es: Viva el pueblo soberano... Que traigan las escarapelas y las banderas y proclamen por donde pasen que ha cesado la esclavitud...

RAFAEL: Todo lo diré...

JOAQUINA: Ve y arréglate... (*Rafael va al interior*) (*A Isidra*) Tú saldrás ahora mismo para Carayaca donde mi hermano para que él comunique a José María lo que ocurre... (*A Margarita*) Y tú, Margarita, irás a la posada de Isabel a ver si ha llegado don Manuel Gual para que venga cuanto antes. Luego pasa por casa de Matías y le dices que tenga preparada a su gente y que avise a Domingo para que haga otro tanto... Yo iré sola a El Guamacho y llevaré estas novedades... Creo que no debemos retardar la acción...

ISIDRA: (*A Margarita*) Vamos a prepararnos...

(*Van al interior. Llega Rafael. Trae sombrero y un garrote con bojotico en la punta*)

RAFAEL: Salgo entonces. ¿Y si alguien me pregunta a qué voy a las haciendas?

JOAQUINA: Dirás que estoy antojada de comer frutas de por allá.

RAFAEL: Eso diré.

(Sale. Una vez en la calle mira a todas partes y camina. El Corregidor al verle sale de su escondite y lo sigue)

JOAQUINA: Y ahora a iniciar la jornada decisiva.

Telón.

ACTO CUARTO

Sala de batidera en la Comandancia de Armas de La Guaira. Al fondo una gran puerta de arco se abre a su pasadizo que conduce a los otros departamentos del cuartel. En la parte derecha una ventana con rejas. Retratos del Rey.

(Vásquez Téllez, comandante de Armas, se pasea nervioso por la habitación. Entra el Oficial I)

OFICIAL I: *(Saluda)* Comandante, sus órdenes han sido cumplidas, ya salió una compañía hacia la casa de Joaquina Sánchez.

VÁSQUEZ: *(Inquieto)* ¿Escogió oficiales de confianza?

OFICIAL I: Todos los oficiales escogidos son fieles servidores de su Majestad.

VÁSQUEZ: ¡¡Muy bien!! ¿Salió el mensajero con el parte confidencial para el Señor Capitán General? Es urgente que tengamos refuerzos de tropa hoy mismo.

OFICIAL I: Va en camino.

VÁSQUEZ: Hay que aprestar otro para que salga a las doce con informes detallados. No sé cómo iré a hacer esos informes. Sólo tenemos la punta de un hilo en todo este asunto.

OFICIAL I: Quizás con la requisa que ha ordenado...

VÁSQUEZ: (*Enojado*) Quizás... ¿Qué hago con un quizás para redactar un informe? ¿Se da cuenta usted de lo que hay entre manos? Es gravísimo. A lo mejor todo un complot abominable de quién sabe qué proporciones.

OFICIAL I: ¿Alguna otra orden?

VÁSQUEZ: No, puede retirarse. Cualquier novedad me la pasa enseguida.

(*El Oficial I se retira pero cuando llega a la puerta ve a alguien que viene y anuncia:*)

OFICIAL I: (*Cuadrándose*) El señor Corregidor don Gerónimo de Pimentel...

(*Entra el Corregidor, el Oficial I sale*)

VÁSQUEZ: Muy bien que haya venido temprano. Creo que todo esto es más serio de lo que pensamos en los primeros momentos. (*Muestra una silla al Corregidor*)

CORREGIDOR: (*Sentándose como sofocado*) Así parece Comandante. Vengo alarmado. ¿Es cierto que por el camino de Caracas han apresado a otros negros armados?

VÁSQUEZ: Es cierto.

CORREGIDOR: Es una situación peligrosa. ¿Y de las Sánchez qué hay?

VÁSQUEZ: Envié una comisión con orden de registrar su casa y traer detenidas a las Sánchez.

CORREGIDOR: ¿Cree usted que ella haya sido capaz?

VÁSQUEZ: No sé, he estado pensando en muchas cosas. Quizás exista una trama más seria y no sea sólo cosas de unos pocos negros esclavos como imaginamos cuando usted me comunicó lo que le había confesado el manumiso de Anselmo y ordené apresarlo junto con el negro Rafael.

CORREGIDOR: No he dormido por lo mismo. Y pensar que de no haberseme ocurrido seguir a Rafael y sorprenderlo con Anselmo podríamos estar ya anegados en sangre.

VÁSQUEZ: ¡Fue usted hábil y ha prestado un gran servicio a la Corona!

CORREGIDOR: Las sospechas que tuve cuando lo vi ir a las haciendas no me engañaron. Y luego decirme que andaba por allí buscando cambures para su dueña doña Joaquina... Ah, ¿pero ya lo ha interrogado?

VÁSQUEZ: Toda la noche estuvimos en eso y nada hemos sacado. Sólo insiste en que andaba buscando cambures. Por su parte, Anselmo afirma que Rafael lo invitó para un alzamiento armado contra el Rey y los señores.

CORREGIDOR: Lo mismo me confesó a mí. ¡Qué horror! ¿Y de los cabecillas qué pistas hay?

VÁSQUEZ: Nada, nada, aquí me tiene usted sin haber pegado los ojos, con el compromiso de enviar un informe detallado al señor Capitán General y con sólo la declaración del manumiso Anselmo.

CORREGIDOR: Ése a lo mejor nada sabe... Quizás el otro...

VÁSQUEZ: ¿Rafael? Ese es la clave, pero ni con los cien vergazos que le hice dar habló. Lo esperaba a usted para ver si hacíamos algo más enérgico, algo que, en fin...

CORREGIDOR: Claro, claro. Figúrese usted, la sociedad está en peligro, pienso que puede haber oculta una sublevación de negros y pardos, y me aterro. ¡Sería espantoso! Nos asesinarían, acabarían con las propiedades. Establecerían una República. ¡Uff! Me sofoca el sólo pensarlo.

VÁSQUEZ: Ninguno de nosotros quedaría para contarlo. ¡Pienso en Francia!

(Entra el Oficial I)

OFICIAL I: *(Saludando)* Comandante, han llegado los señores dueños de las haciendas de Naiguatá, Tarma y Caraballeda, de urgencia quieren hablar con usted.

VÁSQUEZ: Dígales que aguarden, ahora estaré con ellos. *(Sale el Oficial I. Al Corregidor)* Hay una alarma general entre los ricos y hacendados. *(Camina nervioso)*

CORREGIDOR: Y no es para menos, ¡podemos estar al borde de una degollina! Ah, esas malditas ideas de este siglo, cómo corrompen al bajo pueblo y a quienes por ley natural y divina deben ser sumisos.

VÁSQUEZ: Una revolución de pardos y negros será malo para ellos como para nosotros. Hablaré con los hacendados, les pediré ayuda, hay que hacer un registro de armas en sus haciendas.

CORREGIDOR: ¿Antes de saber todo cuanto hay? No me parece. Se alarmarán más y quizás hasta prefieran huir hacia Caracas.

VÁSQUEZ: Es cierto, es cierto. *(Como tomando una rápida solución y gritando hacia la puerta)*
¡Oficial de guardia! ¡Oficial!

OFICIAL I: *(Entrando y saludando)* A la orden, Comandante.

VÁSQUEZ: Traiga aquí al detenido Rafael.

OFICIAL I: ¡Muy bien, Comandante! ¡Habrá que quitarle el par de grillos!

VÁSQUEZ: Quíteselos, pero déjele las esposas y cadenas.

(El Oficial I sale)

CORREGIDOR: Tenemos que hacer hablar a ese negro. Que diga si hay cabecillas y quiénes son. Es importante, pues no creo que hayan sido cuestiones de él solo. Además, eso de ir por

razón de gusto a soliviantar a los otros esclavos no puede ser, aunque esos bichos son capaces de todo, son como animales. ¡Cruelles! Me da escalofrío pensar en ese negraje alzado. Yo los he visto en los cañaverales manejando los machetes: iracundos, sudorosos y los machetes brillando ¡Zas! ¡Zas! (*Se pasa la mano por el cuello*) ¡Desde anoche no pienso sino en negros y machetes!

VÁSQUEZ: Y yo lo mismo... y en que todo eso puede tener relación con la Sánchez y el complot de hace dos años. Sería como estar sobre un polvorín. Además el embarazo de esa mujer...

CORREGIDOR: Tan sospechoso como es. ¡Tan sospechoso!

(Entra el Oficial I y dos soldados. Éstos traen a Rafael quien lleva esposas y cadenas. Se muestra agobiado)

VÁSQUEZ: *(Enérgico y señalando la banqueta)* ¡Siéntenlo allí! *(Los soldados empujan al negro sobre la banqueta)* *(Al Oficial I)* Puede retirarse. *(Salen el Oficial I y los soldados. Vásquez se vuelve hacia Rafael como meditando las preguntas)* Tú has dicho que nada sabes de lo que confesó tu compiche Anselmo, pero tenemos pruebas de que estás enterado de muchas cosas. Vamos: ¿Por qué los invitaste a la rebelión? *(Rafael hunde la cabeza entre los hombros sin contestar)* Di, ¿qué pretendías con eso? *(Rafael mira al suelo como receloso)* Lo sabemos todo, es inútil que calles, hemos agarrado a otros dos de tus cómplices y ya han

confesado. Tendrán una recompensa por eso. Si hablas también recibirás la tuya. No seas zoquete, negro...

CORREGIDOR: Serán recompensados magníficamente...

RAFAEL: (*Receloso*) ¿Anselmo habló?

VÁSQUEZ: Claro que habló, no es ningún tonto.

RAFAEL: ¡Maldito!

VÁSQUEZ: Ja, ja, no es como tú. Ahora tendrá buenas monedas de oro.

RAFAEL: ¡Traidor! ¡Maldito! ¡Eso es Anselmo!

VÁSQUEZ: Anda, dinos quiénes son las cabecillas y todo cuanto planean. Estás atrapado, y callando nada ganarás... (*Humilde*) Pero si confiesas servirás al rey y tendrás honores.

CORREGIDOR: Nadie sabrá que has hablado. Además, quizás hasta dejes la esclavitud. ¿No te gustaría la libertad?

RAFAEL: (*Alzando la cabeza*) ¿La libertad?

VÁSQUEZ: ¿Por qué querías alzar a los negros?

RAFAEL: Por eso, por la libertad...

VÁSQUEZ: (*Sarcástico*) Ah, por la libertad... (*Al Corregidor*) ¡Qué creerán estos negros que es la libertad! (*A Rafael*) Qué más quieren que tener

dueños que velan por ustedes, que sean como padres.

RAFAEL: SOMOS como perros; cadenas, mendrugos, trabajo de bestias y más nada. (*Iracundo*) ¿Sabe lo que eso significa? ¿Sabe lo que eso quiere decir? ¡Ustedes no saben lo que es no pertenecerse a uno mismo, no poder caminar, ni hablar, ni ver el sol, ni respirar el aire porque uno no es de uno, porque uno es un negro propiedad de otros!

CORREGIDOR: Dios lo ha dispuesto así...

VÁSQUEZ: Ah, eres un negro sabido. ¡¿Eh?!

RAFAEL: (*Exaltado*) No quiero ser más de nadie. No quiero ser más un animal.

VÁSQUEZ: ¿Quién le habrá metido semejantes ideas en la cabeza?

RAFAEL: ¿Quién? ¡Ustedes!

VÁSQUEZ: Oye negro, ¿qué es la injusticia? ¿Dónde está?

RAFAEL: (*Mostrando las esposas*) Aquí... Es usted, es ése... (*Muestra al Corregidor*)

VÁSQUEZ: (*Airado*) ¿Qué dices negro del demonio...? Ah, ¿sabes discutir, verdad? ¡Entonces puedes desembucharlo todo, y lo desembucharás! (*Agarra a Rafael por los cabellos*) ¿Cuándo pensaban alzarse? ¡Habla! (*Le sacude la cabeza y lo deja*) ¡Inmunda bestia...!

CORREGIDOR: (*Aparta a Vásquez, le hace señas de que lo deje a él. Luego saca una bolsa de dinero del bolsillo interior y se lo dirige a Rafael*) Es una tontería que te niegues a confesar. Yo te daré esto si dices quién es el cabecilla... ¿Acaso Joaquina Sánchez o algún otro? (*Rafael guarda silencio y se vuelve dándole la espalda*) Y sabrás de quién estará embarazada, ¿verdad? Estando su marido prófugo debe haber un amante... (*Tintinea las monedas en el bolso. Rafael se ríe con sorna*) Hasta ahora has sido un negro esclavo. ¿No deseas tener dinero, mujeres, comer buenos manjares; ser libre, vestir mejor...? (*Le muestra la bolsa*) Todo eso lo tendrás y además la consideración real si dices únicamente los nombres de las cabecillas... Sólo los nombres.

VÁSQUEZ: (*Fuera de sí*) ¡Traidor! Eres ahora un negro inmundo pretendiendo sembrar rebeliones y degollar a la gente decente.

RAFAEL: ¡Ustedes nos matan todos los días! Pero todo cambiará...

CORREGIDOR: ¿Aún amenazas? (*A Vásquez*) Son brutos estos negros.

VÁSQUEZ: Pero yo los sé doblegar... (*A Rafael*) ¿Vas a hablar? Di, negro majarro, ¿quiénes te mandaron a sublevar a los esclavos de las haciendas? ¿Cuántos son el complot? Anda, ¡confiesa, que pierdo la paciencia...!

CORREGIDOR: (*Acercando la bolsa la cara de Rafael*) No es sino un negro estúpido, un miserable esclavo.

(Rafael se yergue de la banqueta y con las manos esposadas trata de tumbarle la bolsa al Corregidor)

VÁSQUEZ: *(Al Corregidor)* Apártese usted, ¿no ve que está endemoniado? *(Da un empujón a Rafael)* Tendrás que hablar... Bandido, cochino, tendrás que decirlo, todo. *(Colérico llama)* ¡Oficial de guardia! ¡Oficial!

OFICIAL I: *(Entrando seguido por dos soldados)* ¡A la orden, Comandante...!

VÁSQUEZ: *(Agarrando a Rafael y lanzándoselo a los soldados)* A la tortura con él. Llévenlo al potro... al tortol...

(Los soldados agarran a Rafael y se lo llevan)

RAFAEL: *(Forcejeando y volviéndose al oír nombrar el tortol)* ¿Al tortol...?

VÁSQUEZ: *(Creyendo que va a confesar)* ¿Vas a hablar?

(Vásquez se acerca a Rafael. Éste alza el rostro hacia él y le lanza un escupitajo. Vásquez airado saca la espada para matarlo, pero el Corregidor le detiene el brazo)

CORREGIDOR: No, ahora no, debe hablar...

(Vásquez guarda la espada e iracundo da una cachetada a Rafael, quien es sacado de escena por los soldados)

VÁSQUEZ: (*Limpiándose el rostro con un pañuelo*)
Bestia...

CORREGIDOR: Todos esos esclavos son testarudos.
Raza vil, sin alma.

VÁSQUEZ: Pero los aplastaremos a todos... a todos,
o nos degüellan a nosotros...

OFICIAL II: (*Entrando y saludando*) Comandante,
acaban de detener cerca del almacén de la
pólvora a un negro armado de lanza y portando
yesca.

VÁSQUEZ: (*Al Corregidor*) ¿Se da cuenta? Oh, la,
la. (*Al Oficial II*) Que lo aseguren con grillos y
lo interroguen y si no habla, a la tortura con él.
¡Ah, y al Rafael que no lo dejen quieto hasta
que cante, aunque se muera!

CORREGIDOR: Así debe ser.

(*El Oficial II sale*)

VÁSQUEZ: Ojalá vengan los refuerzos pronto. A
lo mejor nos acechan miles de negros armados
con lanzas y machetes; miles de ojos torvos
y manos asesinas. Ah, pero usted tendrá que
cuidarse. Le daré una guardia.

CORREGIDOR: No se preocupe usted...

VÁSQUEZ: Pueden asesinarlo, tenderle una celada.
En este maldito puerto de callejuelas tortuosas
eso es fácil.

CORREGIDOR: (*Preocupado*) Es cierto. ¿No cree que debería pedir un cambio? Lo tengo merecido...

VÁSQUEZ: Claro, claro...

(*Entra el Oficial II*)

OFICIAL II: Han regresado un oficial y diez soldados de la compañía del capitán Moreno, éste envía a decir que ha sido detenida Joaquina Sánchez y su servidumbre y que en estos momentos proceden a requisar la casa.

VÁSQUEZ: (*Al Corregidor*) Se me quita un gran peso de encima...

(*De las otras dependencias del cuartel llegan ruido de armas y voces*)

CORREGIDOR: (*Alarmado*) ¿Qué ocurrirá?

VÁSQUEZ: (*Inquieto, al Oficial II*) Vaya a ver qué sucede... (*Al Corregidor*) ¡Esto es gravísimo!

OFICIAL II: Voy. (*Sale*)

CORREGIDOR: Me atrevería a decir que tengo miedo...

VÁSQUEZ: Yo no puedo decir eso. ¡Un oficial del rey no puede decirlo...! (*Viendo entrar al Oficial II*) ¡Eh, eh, qué ocurre...?

OFICIAL II: (*Turbado*) Comandante, acaba de llegar más tropa, comunican que al ser registrada la casa de Sánchez fueron sorprendidos dos sujetos

que se ocultaban en ella, uno logró huir, el otro intentó irse por la casa vecina, pero la dueña María Josefa Herrera lo denunció... ¡Resultó ser nada menos que José María España, el reo cuya cabeza está a precio!

CORREGIDOR: (*Alarmadísimo*) ¡José María España!

VÁSQUEZ: ¡Qué horror! El propio España oculto aquí... En La Guaira, en nuestras narices...

OFICIAL II: Y el que logró huir dicen que es el capitán Manuel Gual, ya se le persigue por todas partes... (*Saluda y sale*)

VÁSQUEZ: (*Sobresaltado*) El capitán Gual, ese hombre tan peligroso... Ah, qué espantosa conspiración. (*Al Corregidor*) Se da cuenta. Hemos estado sobre un abismo... hay que proceder cuanto antes. Esto es gravísimo... Y la tropa de refuerzos sin llegar. Debo participar al Capitán General; hay que registrar toda La Guaira, cerrar el puerto, las alcabalas...

(*Entra rápido el Oficial I*)

OFICIAL I: (*Saludando*) ¡Comandante, Comandante, un sujeto detenido hace poco ha cantado, dijo que fue Joaquina Sánchez quien ordenó a los negros que se alzarán para tomar La Guaira, Caracas y El Tuy!

CORREGIDOR: Esa mujer... ella, ella... Y tan suave como parecía... ¡Vaya uno a creer en esas caras de ángel!

VÁSQUEZ: Es inconcebible, pero con su marido oculto en su casa todo se explica. *(Al Oficial I)* Tráiganme la confesión escrita. *(El Oficial I sale y Vásquez continúa)* Ah, pero es magnífico que todo se haya descubierto... *(Se estruja las manos)* He ahí a los cabecillas, qué gran servicio hemos prestado a su Majestad, qué gran servicio... *(Al Corregidor)* Usted será recompensado...

CORREGIDOR: *(Abrazando a Vásquez)* Pediré la orden de Carlos III y para usted Comandante un buen ascenso... lo merece... *(Se toca el cuello)* Ah, podemos respirar un poco. *(Respira con poca fuerza)* Pero debemos proceder...

(Entra el Oficial I con varios soldados)

Oficial I: *(Saluda)* Comandante, ya han traído a la Sánchez. Y a sus criadas, están en la prevención.

VÁSQUEZ: Métela a la cárcel ahora mismo. También a su marido y a los otros detenidos. Que los aseguren con grillos. *(Al Corregidor)* Debemos ir a interrogarlos antes de remitirlos a Caracas. *(Al Oficial I)* Busque escribientes y que preparen mi guardia. Ah, y a los señores hacendados que me sigan esperando, es servicio del Rey.

OFICIAL I: Se cumplirán sus órdenes. *(Sale con los soldados)*

CORREGIDOR: Qué triunfo hemos tenido... Qué triunfo...

VÁSQUEZ: *(Tomando su sombrero y su capa)* Vamos, vamos. *(Toma el brazo del Corregidor)* Luego celebraremos esto, vaya que lo celebraremos.

(Salen. A lo lejos suena una música marcial)

Telón.

ACTO QUINTO

Plaza en Caracas. Es de noche, un grupo de gente del pueblo llega murmurando. Lejos, muy tenue, se oye cantar a coro la «Canción Americana». De pronto un clarín, segundos después un redoble de tambor, entra en escena el Bando Real, éste lo integran algunos soldados, un tambor, el verdugo y el pregonero. El verdugo tiene el rostro enmascarado y porta una hachuela y un cordel; el pregonero lleva un pergamino en las manos. Al llegar al centro escénico todo el bando se detiene y el tambor redobla. El pueblo, a la entrada del bando, se ha quedado silencioso agrupándose hacia el ángulo en penumbra, la luz dominante sobre el bando. La canción lejana se va extinguiendo.

PREGONERO: *(Al concluir el redoble del tambor)*
Atención... Atención... Atención al Bando Real...

(El tambor redobla y los soldados montan armas. El Pregonero desenrollando el pergamino y leyendo:)

«Todo el pueblo de Caracas y la Capitanía General de Venezuela debe saber que mañana 8 de mayo a las once del día habrá de ser ajusticiado en Plaza Mayor de esta ciudad, el peligroso reo de Estado a quien nombran José María España, natural de La Guaira y de cuarenta años de edad... *(El tambor redobla)* Prófugo dicho reo por las islas de Martinica y Guadalupe desde la

rebelión que instara hace dos años, la cual, con la ayuda de Dios y de los demás fieles vasallos fue descubierta, prosiguió en sus criminales propósitos hasta regresar a escondidas a estas tierras ocultándose en su casa en La Guaira. (*El tambor redobla*) Amparado por el celo de su mujer, Joaquina Sánchez, prosiguió sus tramas revolucionarias para excitar y conmover los ánimos de los vasallos de su Majestad, hacerles romper el juramento de fidelidad y arrastrarlos a trastornar el sistema establecido y las leyes de la monarquía. Sin detenerse en los males que debían esperarse de semejante empresa. (*El tambor redobla*) El derramamiento de mucha sangre, los robos, los incendios, la ruina de la familia, la anarquía, el provocar la alteración social soliviantando el común y sembrando en esclavos, indios y pardos, ideas de igualitarismo y confusión con los consiguientes y funestos extravíos, especialmente el agravio y el menosprecio a la religión católica, apostólica y romana. (*El tambor redobla*) Por tal motivo la justicia del Rey, representada por el Alto Tribunal de la Real Audiencia, lo ha condenado y condena al último suplicio en la horca luego de ser confesado y puesta su alma en paz con el Señor... y a su mujer y a sus domésticas esclavas Isidra y Margarita, cómplices como otros en el horrendo plan de rebelión y crímenes, se las condena a permanecer presas por ocho años en la Casa de Misericordia de esta ciudad de Caracas...»

(El tambor redobla. A lo lejos suena el clarín. El bando emprende la marcha saliendo de escena. El pueblo temeroso se va alejando. Las luces

se apagan. A lo lejos óyese una voz haciendo rogativas)

Voz: *(Con gravedad fúnebre)* ¡Rogad cristianos y haced bien por el alma de un hombre que ajusticiarán...!

Las luces vuelven a encenderse y a través de un telón transparente se deja ver la prisión donde están Joaquina, Isidra y Margarita. En una celda en la Casa de Misericordia. Establecimiento regentado por monjas, en el cual, además de recibir pobres de misericordia, se acostumbraba encerrar a ciertas prisioneras. La estancia es estrecha. Al fondo, en lo alto, una ventana con rejas deja ver un pedazo de cielo. En la pared derecha un vitral; en uno de los ángulos, sobre un altar rústico un cristo de tamaño natural a cuyos pies alumbra una débil lamparilla. Un camastro, una banqueta y dos reclinatorios, una repisa con un farol. Una pimpina y algunos utensilios rústicos completan el mobiliario. A la izquierda, una puerta cerrada. Luz de amanecer. A lo lejos una campana toca maitines, luego desde el fondo llegan las voces de las monjas iniciando un rezo de Acción de Gracias.

(El telón transparente comienza a alzarse. Joaquina esté de pie frente a la ventana, Isidra yace en un reclinatorio semidormida, Margarita se haya arrodillada cerca del camastro)

ISIDRA: *(Oyendo la campana)* Ha llegado el día...

MARGARITA: (*Incorporándose*) Amanece, es la luz del día tan temido, 8 de mayo nunca quería que llegara. (*Se cubre el rostro con las manos y se dobla sobre el camastro*)

ISIDRA: Si ayer no nos hubieran leído las sentencias.

MARGARITA: Pero no tuvieron piedad. Aún oigo leerlas; cómo sonaban las voces bajo estas paredes...

JOAQUINA: (*Volviéndose con lentitud hacia Isidra y Margarita*) Él también debe estar mirando por las rendijas de su celda la misma luz triste que llega por esa ventana. Es un amanecer que anuncia la muerte... Amor... ¡José María...!

ISIDRA: ¿Por qué piensa tanto? Ha pasado la noche frente a esa ventana. Puede hacerle mal.

JOAQUINA: ¿Mal?

ISIDRA: Recuerde que le va a nacer un hijo.

JOAQUINA: Cómo debe estar sufriendo mi pequeña criatura, la pequeña semilla de José María...

MARGARITA: Descanse, trate de olvidar...

JOAQUINA: ¿Olvidar? ¿Podría olvidarse de estas horas? ¡No! ¿Cómo dejar solo a José en su martirio? Sería ponerse de espaldas a su muerte. No, nunca haré eso. Necesito estar junto a él. Sólo el dolor me mantendrá a su lado cuando esté frente al verdugo...

MARGARITA: (*Luego de una pausa*) ¿Por qué se atormenta? Debería dormir aunque fuera un momento.

(*Joaquina se niega con un movimiento de cabeza*)

ISIDRA: Fue una crueldad leernos la sentencia de su muerte. Hacernos saber su terrible suplicio.

JOAQUINA: Pero yo se lo agradezco. En el fondo de mi alma se lo agradezco. No podía dejarlo solo en este trance. Y sin esa lectura, ¿cómo hubiera sabido que hoy es su martirio? Haberla escuchado me ata a él para el terrible momento que esa luz triste anuncia.

ISIDRA: Una sentencia de espantosa crueldad.

JOAQUINA: La oí toda. No era el alguacil quien hablaba, era la injusticia, era la tiranía, eran todos los opresores. Y me vi junto a José María oyéndola. Él estaba sereno y hermoso y me tenía hundida en el pecho con una lágrima brillante... Sí, oí toda la sentencia. Debe cumplirse el 8 de mayo a las 6:00 a.m... Y ese día galopa ya sobre esa triste luz y yo lo siento aquí... (*Se lleva las manos al pecho*)

MARGARITA: ¡¡Qué espantosa sentencia!!

JOAQUINA: Digna de nuestros opresores; de los que conquistaron estas tierras matando indios y sembrando esclavos.

MARGARITA: Por doquier muertes y torturas y nosotras enterradas aquí...

JOAQUINA: (*Ensimismada*) ¡La estoy oyendo ahora! La estaré oyendo siempre. La escucharán mis hijos, mis pequeños Prudencio y José.

(*Obscuro sobre toda la escena*)

PREGONERO: (*Se oye a lo lejos el bando*) «Que precedidas sin la menor dilación las diligencias ordinarias conducentes a su alma... Sea sacado de la cárcel... Arrastrado a la cola de una bestia de albarda y conducido a la horca, publicándose por voz de pregonero su delito...»

ISIDRA: No oiga más... ¿Por qué se tortura así?

MARGARITA: ¡Cuánto sufrimiento!

(*Joaquina gravemente absorta sigue oyendo*)

PREGONERO: «Que muerto naturalmente en ella por mano del verdugo le sea cortada y descuartizado...».

ISIDRA: ¿Por qué recordamos eso? ¿Por qué?

JOAQUINA: (*Ausente de las dos mujeres*) ¡Silencio!

PREGONERO: «Que la cabeza se lleve en una jaula de hierro al puerto de La Guaira y se ponga en el extremo alto, en una viga de treinta pies que se fijará en el suelo a la entrada de aquel pueblo por la puerta de Caracas... Que se ponga en el otro palo igual uno de sus cuartos a la entrada del pueblo de Macuto».

(Calla el pregón)

ISIDRA: *(Evocativa)* ¡Macuto! Allá estarán las olas corriendo hacia la playa.

MARGARITA: Y las palmeras y el puentecillo sobre el río.

JOAQUINA: *(Dejándose arrastrar por la evocación de las dos mujeres)* Y el aire libre, siempre corriendo hacia el picado... Allí fuimos felices, José María... ¿Por qué no poder tenerte aquí, junto a mi pecho para pasar mis manos por tus cabellos y mirarte como en aquel tiempo cuando ya nuestro amor anunciaba el primer hijo? ¡Ay! Pero ahora por amar tú tanto la libertad nuestros tiranos pregonan...

(Redobla el tambor y Joaquina asume la misma actitud de escuchar)

PREGONERO: «Que se ponga otro de sus miembros en el vigía en donde tuvo oculto a reos de Estados... Otro donde recibió juramento de rebelión contra el Rey... Y otro en la cumbre donde proyectaba reunir a la gente...».

(Calla el pregón. El bando se aleja)

MARGARITA: ¡Es terrible!

ISIDRA: No debe suceder. Algo impedirá que eso se haga. No pueden matarlo así... quizás el padre Echeverría.

JOAQUINA: El padre Echeverría está con el Rey, y los tiranos son implacables.

MARGARITA: ¡Quisiera llorar pero no puedo...!

(Suena en el fondo la campanilla litúrgica y muy a lo lejos, como un murmullo sordo, las voces de monjas entonan el Padre Nuestro. La luz que penetra por la ventana se ha ido aclarando lentamente)

VOCES: *(De monjas rezando)* ¡Padre Nuestro que estás en los cielos...!

(A lo lejos una campana grave y sonora da un toque prolongado doble para difuntos)

JOAQUINA: *(Oyendo)* ¡Ah...!

ISIDRA: *(Impresionada)* Es la campana de San Pablo...

MARGARITA: Dobla a difuntos, ¡más triste que nunca!

(El rezo de las monjas cesa)

ISIDRA: ¿Será...?

JOAQUINA: Que se acerca la hora...

(A lo lejos suena una campanilla litúrgica, las monjas comienzan a rezar de nuevo, esta vez entonan letanías con acento triste, monótono)

MONJAS: (*Rezando*) Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero... Ruega por él.

(*Repiten*)

JOAQUINA: (*Impresionada*) Ahora le llevan al viático. Quieren salvar su alma antes de torturar su cuerpo.

(*El rezo de las monjas sigue haciendo fondo a la acción, pero en forma muy apagada*)

MARGARITA: No entiendo esa justicia...

ISIDRA: (*Temerosa y fuera de sí*) ¿Pero es verdad que van a matarlo? Dígame que no, que es un terrible sueño, que no estamos aquí, que hoy no es 8 de mayo; que aún soñamos con la libertad, que podré ir a reír, cantar y correr por la calle con mi escarapela cuatricolor sobre el pecho.

(*La campana vuelve a sonar. Esta vez da tres dobles acompasados, graves*)

JOAQUINA: (*Con sombría serenidad*) Lo estoy viendo. Ya sale arrastrado a la cola de la bestia de albarda. Va entre los soldados y junto a su silencio los frailes entonan salmos. Camina con serenidad y sus manos van atadas, su frente está alta y tranquila... (*El rezo de las monjas cesa*) ¡Ah, esas terribles voces de los penitentes pidiendo limosnas y rogativas para su alma!

(*A lo lejos se oyen las voces de los penitentes*)

ISIDRA: Ya no tengo lágrimas.

MARGARITA: (*Como enloquecida*) Si pudiera huir, huir, ya de todo esto. (*Corre hacia la puerta cerrada y golpea*)

JOAQUINA: (*Absorta como si viera el cortejo ajusticiador*) Allá va el terrible cortejo. Ya baja las gradas de la plaza. Delante el pregonero grita con voz sombría: «Hagan bien los cristianos por el alma de un hombre que ajusticiarán...» ¡Ah! José María. Yo estoy contigo ahora. Voy a tu lado, mírame, sufro junto a ti. Aprieta mi mano con la tuya... ¡Yo también seré valiente, amor!

(*La campana vuelve a sonar*)

MARGARITA: (*Tapándose los oídos en actitud de angustia*) No quiero oír esa campana, no quiero oírla. (*Corre por la escena como enloquecida. Joaquina la detiene con gravedad. Margarita sigue gritando*) ¡No quiero oírla, no quiero oírla...!

(*Joaquina le da una cachetada seca, y Margarita cesa de gritar y agobiada va y se deja caer en la banqueta*)

JOAQUINA: (*Volviendo a su idea obsesionante*) Ahora llegan al pie del patíbulo. El pueblo está grave y temeroso. Ya suben los escalones del tablado. Uno... dos... tres... Un sacerdote los cubre con su manto. (*Desesperada*) No, José, no... Ya está en las manos del verdugo... ¡Valor! ¡Valor! (*Intensamente emocionada*) Mi pecho está confundido con el tuyo, mis labios

se aprietan a tus ojos, mi vida y mi dolor se están confundiendo con tu vida... Amor mío, amor mío.

(La campana redobla dos veces seguidas luego hay una pausa de silencio. Segundos después a lo lejos las monjas vuelven a entonar las letanías, se oye como un murmullo. La puerta del lateral derecho se abre y entra el padre Echeverría. Con pasos lentos se dirige hacia Joaquina en actitud consoladora. Joaquina alza la cabeza y lo mira)

JOAQUINA: Padre Echeverría... Usted...

PADRE: Traigo para ti sus últimos recuerdos... *(Joaquina le da la espalda dirigiéndose a la ventana)* ¡Qué terrible hora! Estuve junto a él... También en su horca murió algo de mi lejana infancia. Pero nadie me comprenderá ni que lo diga mil veces, lo que su cuerpo le dije:

(Obscuro sobre toda la escena sólo una luz cenital cae sobre el padre Echeverría. Éste mira hacia el fondo la imagen que lo obsesiona y habla con su gravedad sufriendo bajo la evocación de terribles recuerdos. Se ilumina el patíbulo antes de la ejecución)

«Dejad que para desahogar mi corazón me despida un momento del amigo de mis tiernos años. Del compañero de mi juventud. Del que recogió las efusiones primeras de mi amistad. Dejadme llorar como David al nuevo Absalón que pereció colgado de ese árbol funesto...»

(El padre Echeverría calla. Por la puerta entra un oficial seguido por dos soldados)

OFICIAL: ¡La justicia de nuestro señor Rey se ha cumplido...!

PADRE: *(Sin turbarse por la presencia del oficial, prosigue:)*

«Satisfecha la vindicta de la Majestad terrena, no debo acordarme sino del amigo. Ya está en las manos clementes de la justicia divina que lo ha recibido en sus brazos al salir de los míos.

¿Qué importa la manera como murió al que está en el cielo? Quizás a los ojos del mundo, en estos malos días cuando la sangre de los reyes mancha las manos del verdugo, el patíbulo venga a hacer un título de gloria. ¿Qué te diré yo amigo mío que dé paz sobre los caminos públicos a tus huesos áridos y lleve consuelo a tu desolada esposa? Que la mano del hombre no es la mano de Dios, que su balanza no es la de los poderes de esta tierra que mientras éstos hieren, aquél corona. Yo debo detenerme aquí en medio de la turbación que domina mi espíritu...»

(Se vuelve hacia el oficial)

«Mi fe es de mi Rey, dejadme mis lágrimas para mis amigos».

(Vuelve a ver a Joaquina y presa de dolorosa turbación el padre abandona la escena)

ISIDRA: ¡Todo ha concluido...!

(Joaquina está como paralizada por el dolor y ansiosa de oír un nuevo toque de campana)

MARGARITA: *(Arrojándose a los pies del Oficial y tomándolo por las rodillas)* No, no nos diga que él ya ha muerto. No lo diga, diga que lo han perdonado; que aún está vivo, que ha habido misericordia para todos... ¡Que Dios ha sido clemente!

OFICIAL: Ya el reo España pagó su criminal delito, ahora ustedes inician la condenan que han merecido...

ISIDRA: *(Corriendo a abrazar a Joaquina)* No. ¡No puede ser, no puede ser!

MARGARITA: *(Sollozando a los pies del Oficial)* Diga usted que no, que no hubo suplicio...

OFICIAL: *(Apartando a Margarita que retrocede sin comprender)* ¡Apártate! ¡Rebelde...!

(A lo lejos las monjas reinician los rezos. El Oficial da la espalda a Joaquina y sale seguido por los soldados)

JOAQUINA: *(Alzando la cabeza y como recordando)* Ahora desgarran su cuerpo, le clavan garfios, lo acuchillan, pero tú estás dormido, amor, y yo sólo siento las desgarraduras. Yo sólo siento, vida mía, cómo corre tu sangre. Ya el verdugo envuelve tus miembros para el estigma final en las Picotas...

MARGARITA: (*Impresionada*) Ya está muerto y sus miembros van siendo esparcidos por todos los caminos...

ISIDRA: Está muerto... Muerto.

JOAQUINA: No, su sangre está cayendo, pero ella es un río de vida, de triunfo. Ahora irá por doquier como una bandera de fuego. ¿Verdad, amor, que ya eres una llama encendida y violenta? (*Inicia un sollozo pero lo detiene*) Ah, no voy a llorar, para esa gran jornada tuya no hacen falta lágrimas sino valentía.

MARGARITA: (*Llorando*) Ni siquiera sus huesos tendrán sepultura...

JOAQUINA: ¿No han oído que no debemos llorar? ¡Él no ha muerto, es mentira! ¡Nunca ha muerto! El Rey, la audiencia, el verdugo, los jueces, los poderosos, todos aquellos que lo mataron no saben que él no puede morir. Yo veo correr su sangre como un río de libertad, oigo su voz proclamando la justicia y miro junto a él los látigos caídos y los esclavos libres.

(*Suena la campana, ésta vuelve a doblar a difuntos, Joaquina, frente a la ventana, la increpa:*)

Puedes seguir doblando al muerto, campana infeliz, puedes seguir eternamente si quieres, para mí no anuncias muerte, anuncias vida, vida inmortal y gloriosa. Gloria para su carne, gloria para su espíritu, gloria para sus sueños, gloria para sus huesos errantes. Dobla que yo te oigo como repique de triunfo.

Él ha comenzado a vivir para la libertad y en mi vida y en miles de vidas proseguirá su lucha. Puedes doblar, sí, por las cadenas que habrán de caer rotas bajo su martirio... Porque este es un día de vida, ¡de vida!

ISIDRA: No Joaquina, es un día de muerte.

MARGARITA: (*Decaida*) Día distinto al que soñábamos, luminoso, con cantos, libertad y banderas...

(La luz de la ventana que ha ido tornándose de azul opaco a un azul más claro comienza a iluminarse con un cobalto brillantísimo)

JOAQUINA: (*Dolorosamente exaltada*) Se engañan. Es un alba de gloria... Si muriéramos con él y como a él nos esparcieran carnes y huesos por todos los caminos, esa luz de este 8 de mayo siempre anunciaría el paso de la libertad. ¿No la oyen llegar? No la miran. Corre sobre nosotros como una tempestad. Delante de ella va José María con el cabello suelto y los ojos encendidos, hermoso como el día de nuestro primer cariño. Y yo escucho su voz cantando el himno de la lucha y la felicidad.

ISIDRA: (*Incrédula*) No, no, ha muerto, Joaquina. ¡Ha muerto!

MARGARITA: ¡Ha muerto!... ¡Todo anuncia que ha muerto!

JOAQUINA: ¡Mienten! ¡Todos mienten! No ha muerto, su fe canta en mi pecho y yo sé que

está vivo. ¡Vivo como una bandera desplegada
contra el viento...!

(Isidra y Margarita se le acercan)

*(La campana repica con entusiasmo y a lo
lejos el pueblo comienza a cantar la «Canción
Americana»)*

FIN DE LA OBRA

*Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres litográficos
Instituto Municipal de Publicaciones
durante el mes febrero de 2015
500 ejemplares
Caracas-Venezuela*



Alcaldía
de Caracas

Jorge Rodríguez
Alcalde

Freddy Náñez
Presidente de Fundarte

Consejo Directivo
Gustavo Pereira
Alberto Rodríguez Carucci
Zuleiva Vivas
Nelson Guzmán
Carlos Tovar
Saúl Rivas Rivas
Xavier Sarabia

Secretaria General (E)
Yusbely Ramírez

Gerente de Publicaciones
Kelvin Malavé

Otros títulos

- 1.- *Lo que dejó la tempestad*
- 2.- *Oscéneba*
- 3.- *La fiesta de los moribundos*
- 4.- *La esquina del miedo / La sonata del alba*
- 5.- *Apacuana y Cuaricurión*
- 6.- *Un tal Ezequiel Zamora*
- 7.- *Los hombres de los cantos amargos*
- 8.- *Esa espiga sembrada en Carabobo*
- 9.- *Curayú o El Vencedor*
10. *Buenaventura chatarra*
- 11.- *Joaquina Sanchez*
- 12.- *María Rosario Nava / Manuelote*
- 13.- *¿Por qué canta el pueblo? / Harapos de esta noche*
- 14.- *Las mariposas de la oscuridad*
- 15.- *El vendaval amarillo*

Entre las estampas libertarias de nuestra historia relanzadas por César Rengifo para la reconstitución de una memoria que sirva de espejo a un futuro posible, se destaca el papel múltiple de la mujer revolucionaria como una de las piezas esenciales, ya sea como organizadora, amante, madre, y como luchadora y guerrera. Las facetas de esta mujer combatiente, que corre como una vena desde la época de la resistencia indígena hasta nuestros días, pasando por la Guerra Federal, tienen una cúspide dramática en el rescate de *Joaquina Sánchez*, esposa y compañera de lucha incansable de José María España, conspirador revolucionario y mártir de la Independencia. César Rengifo, que ha velado en su obra por la revalorización histórica de los sectores marginados: indígenas, afrodescendientes, niños, pobres, insurgentes, rinde un completo homenaje a la heroína venezolana, en este magistral drama en cinco actos escrito entre 1947 y 1948, y dedicado al pueblo de La Guaira, donde tuvo origen la gran conspiración a favor del «Pueblo Soberano» ocurrida a finales del siglo XVIII y liderada por Gual y España.

ISBN 978-980-253-515-6



Alcaldía
de Caracas



Gobierno
del Estado
CAPITAL

